



EL RETRATO ⁽¹⁾

III

EL RETRATO LITERARIO



Señoras y señores:

Recordaréis que al fijar el concepto y hacer la definición del retrato en mi primera conferencia, dije que casi todos los diccionarios hacían distinción entre el retrato escultórico ó pictórico y el retrato literario, entendiendo por éste la descripción, mediante el lenguaje, de la figura ó del carácter de una persona y á las veces de ambos. En mi definición decía yo que era la «descripción literaria de un ser». Por las condiciones de la palabra, tiene una extensión y un alcance el retrato en literatura, que no tiene ni puede tener en las demás bellas artes. Así, por ejemplo, el retrato de Aquiles resulta de toda la *Iliada*, como de todo el *Quijote* resulta el del famoso hidalgo manchego, y las vidas de Cornelio Nepote y las de Plutarco y en nuestra literatura las de Quintana son retratos, no ya de cuerpo entero, sino de cuerpo y alma, en que se pinta la parte física de los personajes y su carácter y

(1) Véase la pág. 351 de este tomo.

su modo de ser, por las acciones todas de su vida. «Las vidas de los hombres célebres son—dice Quintana,—de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse.» En todos los grandes historiadores antiguos y modernos se hallan admirables retratos, y también los han hecho perfectísimos los oradores, los poetas, los autores dramáticos y los novelistas, como que en realidad esto es de lo más difícil, pero de lo más hermoso que puede lograrse en literatura.

Si yo hubiera de hacer la historia del retrato escrito, tendría que exponer el desenvolvimiento literario de la humanidad, cosa imposible, por muchos conceptos, especialmente por la escasez de mis conocimientos; pero sí os diré que este género ha sido, como acontece con el retrato en pintura, tratado aparte y especialmente en el siglo XVII, habiéndole puesto de moda en Francia la célebre Mlle. de Montpensier, que tuvo, como todo innovador, infinitos imitadores de ambos sexos.

En los tiempos presentes han escrito libros de retratos literarios Saint Beuve, Teófilo Gautier, Pablo de Saint Víctor, Gustavo Planche y otros muchos. Entre nosotros resucitó el retrato literario ó retrato á pluma, un distinguido periodista, antiguo amigo y compañero mío (1), y después se han repetido mucho estos retratos á pluma ó semblanzas.

En el libro intitulado *Los españoles pintados por si mismos* y en el más moderno *Las españolas pintadas por los españoles*, de que fuí colaborador, aunque humilde, se encuentran también muchos retratos.

Como una de las ventajas de la literatura es que el pensamiento y la obra del autor, tal como salen de su mente y de su pluma, se llevan á todas partes en el libro, puedo yo hacer hoy lo que no me era dable al ocuparme del retrato en las demás bellas artes, y es presentaros algunas de las mejores producciones en este género, con lo cual ganaréis mucho vosotros y ganaré yo también al convertirme de disertante en lector.

(1) Mi querido amigo y compañero el distinguido literato y periodista don Julio Nombela.

Además de que, como el filósofo griego demostraba andando el movimiento, así yo creo que para demostrar lo que es un buen retrato literario, nada puedo hacer mejor que leeros algunos de los más hermosos que conozco, comenzando por la antigüedad griega y latina, y dando preferencia después á las obras de nuestros literatos y poetas desde el siglo XV hasta la época presente.

Escuchad ahora:

«Dijo, y las cejas inclinó cerúleas
el hijo de Saturno, y los cabellos
divinos del Excelso se erizaron
en la inmortal cabeza, y el Olimpo
inmenso estremeció...»

(Homero, versión española de Hermosilla.—*Iliada*, lib. I.
Famoso retrato de Júpiter.)

«Ya los demás estaban en silencio
y ocupaban sus sillas, y obstinado
gritaba aún el lenguaraz Tersites,
que gran caudal tenía de injuriosas
y groseras palabras, con que necio
insultar á los Reyes insolente
por sólo hacer reir á los Aquivos;
y era el hombre más feo y más deforme
de cuantos griegos á Ilion vinieran.
Bizco y cojo de un pie; corvados lomos
tenía y hacia el pecho recogidos;
en punta la cabeza, y como vello
por la desnuda frente mal sembrada
escasa cabellera. Odiado mucho
era del fuerte Aquiles y de Ulises,
porque siempre á los dos palabras duras
en las juntas decía; pero ahora
á Agamemnón, en infamantes voces,
con agudos chillidos insultaba.»

(Homero.—*Iliada*, lib. II.)

«Era el primero Agamemnón potente,
que en la cabeza y faz majestuosa
á Júpiter tonante semejaba,
en los fornidos hombros á Neptuno

y á Marte en el valor. Cual entre todas
 las reses sobresale en la vacada
 el toro corpulento, que descuella
 por encima las vacas y novillos;
 tal entre muchos héroes aquel día
 el Rey Agamemnón brillaba airoso,
 porque Jove la gloria y el respeto
 en torno de él había derramado.»

(Homero.—*Iliada*, lib. II.)

«Y el héroe apareció de luz cercado
 á un Dios en aire y miembros semejante;
 pues le había su madre aderezado
 la copia de cabellos arrogante,
 bañó sus ojos de inefable agrado,
 y dió luz rósea al juvenil semblante,
 bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario
 ó argento engasta en oro el lapidario.»

(Virgilio, versión española de Caro.—*Eneida*, lib. I.)

«Soberbio de oro y grana el campo huella
 y espumoso un bridón tasca el bocado:
 ya ella sale á montarle, y ya con ella
 el juvenil cortejo alborozado.
 Su clámide purpúrea franja bella
 pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;
 la veste ciñe en áureo broche; en oro
 coge de sus cabellos el tesoro.»

«Fuera de tino la soberbia amante
 corre por la ciudad, como se agita
 en las orgias solemnes la bacante
 cuando oye en torno la vinosa grito,
 y los tirso descubre, y resonante
 á los misterios Citerón la invita;
 tal va la Reina, y tal sin más recato
 vuela á afrentar al amador ingrato.»

«Mientras hablaba, fiera y desdeñosa
 con ardiente inquietud ella le mira;
 mirándole en silencio, ira rebosa
 y luego á voces se desata en ira.»

«Ella súbito aquí la voz detiene,
y huye la luz odiosa con gemido;
él, que á oponer razones se previene,
queda atónito, absorto, atontecido.
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene
en brazos; y la llevan sin sentido
al tálamo, de mármoles labrado,
y la reclinan sobre el regio estrado.»

.....

«Dice, y mover esotra el paso intenta
con senil priesa. Mas la audaz amante,
terrible con la idea que apacienta,
temblorosa la faz, la vista errante,
torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
jaspeado de visos el semblante,
pálida de la muerte ya cercana,
vuela al recinto funeral insana.»

.....

«Los mustios ojos con fatiga vana
trata de alzar la moribunda Dido;
fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
del pecho abierto con cruel sonido.
El codo apoya, y por alzar se afana
tres veces, y tres veces sin sentido
cae sobre el lecho. Con errante vista
busca la luz, y al verla se contrista.»

(Virgilio.—*Eneida*, lib. IV.)

«Las estatuas que con más exactitud representan la imagen de su cuerpo son las de Lisipo, que era el único por quien quería ser retratado; porque este artista figuró con la mayor viveza aquella ligera inclinación del cuello al lado izquierdo y aquella flexibilidad de ojos que con tanto cuidado procuraron imitar después muchos de sus sucesores y amigos. Apeles al pintarle con el rayo no imitó bien el color; porque lo hizo más moreno y encendido, siendo blanco, según dicen, con una blancura sonrosada, principalmente en el pecho y en el rostro. Su cutis expiraba fragancia, y su boca y su carne toda despedían el mejor olor; el que pene-

traba su ropa, si hemos de creer lo que leemos en los comentarios de Aristoxeno.»

(Plutarco.—Versión española de Ranz Romanillos.—*Vida de Alejandro.*)

«...fué este maestro de muy gran fuerza; óvose muy bien en las armas; hombre corto de razón; muy alegre é de gran compañía con los suyos; ca jamás sabía estar solo sino entre todos los suyos. Fué muy franco, pero no ordenadamente, sino á voluntad; así que se podía llamar pródigo. E á mi ver, este extremo de prodigalidad, aunque sea vicioso, es mejor é menos malo que el de avaricia; porque de los grandes dones del pródigo se aprovechan muchos é muestran grandeza de corazón. Fué este maestro mucho disoluto acerca de mujeres. E así con tales virtudes é vicios alcanzó muy grande estado, y gran fama é renombre, é uvo en su compañía grandes hombres.»

(Fernán Pérez de Guzmán.—*Generaciones y semblanzas.*—*Semblanza de D. Gonzalo Núñez de Guzmán.*)

«Fué hombre de escuro é baxo linaje; fué de mediana altura, espeso de cuerpo, el color del gesto cetrino, el viso turbado é corto; asaz bien razonado, y de gran ingenio; pero inclinado á aspereza é malicia más que á nobleza ni dulzura de condición: muy apartado en su conversación; hablaba mucho, aunque asaz atentado. Fué muy osado é presuntuoso á mandar, que es propio vicio de los hombres baxos quando alcanzan estado, que no se saben tener dentro de límites é términos...»

(Fernán Pérez de Guzmán.—*Generaciones y semblanzas.*—*Semblanza de Fernán Alonso de Robles.*)

«Fablaba con buena gracia é abundancia en razones, sin prolixidad de palabras; temblábale un poco la voz por enfermedad accidental é no por defecto natural. En la edad de mozo tuvo uso é autoridad de viejo. Era hombre esencial, é

no curaba de apariencias ni de ceremonias infladas... Tenía la agudeza tan viva, que á pocas razones conocía las condiciones é los fines de los hombres; é dando á cada uno esperanza de sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenía tan grand sufrimiento, que ni palabra áspera que le dixesen le movía, ni novedad de negocio que oyese le alteraba, y en el mayor discrimen de las cosas tenía mejor arbitrio para las entender é remediar. Era hombre que con madura deliberación determinaba lo que avía de facer é no forzaba el tiempo, mas forzaba á sí mismo esperando tiempo para lo facer... Tuvo algunos amigos de los que la próspera fortuna suele traer: tuvo asimismo muchos contrarios de los que la envidia de los bienes suele criar... No era varón de venganzas, ni perdía tiempo ni pensamiento en las seguir. Decía él que todo hombre que piensa en vengarse, antes atormenta á sí que daña al contrario. Perdonaba ligeramente y era piadoso en la ejecución de la justicia criminal, porque pensaba ser más aceptable á Dios la grand misericordia que la extrema justicia... No quiero negar que como hombre humano este caballero no toviese vicios como los otros hombres; pero puédese bien creer que si la flaqueza de su humanidad no los podía resistir, la fuerza de su prudencia los sabía disimular...»

(Fernando del Pulgar.—*Claros varones*, tít. VI.—Retrato de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena é Maestre de Santiago.)

«Digo que Chripstóbal Colom, según yo he sabido de hombres de su nasción, fué natural de la provincia de Liguria, que es en Italia, en la cual cae la cibdad é señoría de Génova; unos diçen que de Saona é otros que de un pequeño lugar ó villaje, dicho Nervi, que es á la parte del Levante y en la costa de la mar, á dos leguas de la misma cibdad de Génova, y por más cierto se tiene que fué natural de un lugar dicho Cugureo, çerca de la misma cibdad de Génova. Hombre de honestos parientes é vida, de buena estatura é aspecto, más alto que mediano é de reçios miembros; los

ojos vivos é las otras partes del rostro de buena proporción, el cabello muy bermejo é la cara algo ençendida é pecoso; bien hablado, cauto é de gran ingenio é gentil latino é doctísimo cosmógrapho; gracioso cuando quería; iracundo cuando se enojaba.»

(*Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Edición publicada por la Real Academia de la Historia. Primera parte, pág. 12.)

«Era entonces Aníbal mancebo de hermosa disposición, alto y delgado de cuerpo: la cara tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era muy bien razonado, muy cortés en demasía, la conversación mucho dulce, con la cual tenía mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señoríos que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veinte y seis años: y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después nunca se halló capitán en las cosas de guerra más industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo supo hacer: tanto que la gente del ejército de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía á las afrentas que cuando sabía estar él presente.

Fué muy osado en acometer cosas peligrosas y muy inclinado á tratar hechos difíciles, y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazón fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo más continuos y mayores que ningún otro de su tiempo. Sufría con igual perseverancia la calor y los fríos; en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba

sobre lechos ó camas delicadas, porque muchas veces en las guerras que tuvo después lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército; toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos y allegar y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venían al afrenta, primero que nadie rompió las batallas de á pie ó de caballo como lo tomaban, y postrero de todossalió dellas. Tenía maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuanto debió tener un capitán muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos ó por la sobrada valentía de los contrarios.»

(Florián de Ocampo.—*Crónica general de España*, lib. IV.
—Carácter de Aníbal.)

«De bajos principios, subió á la cumbre de la buena andanza; de ella le despeñó la ambición. Tenía buenas partes naturales, condición y costumbres no malas; si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo demuestran. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas: usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en el habla: su astucia y disimulación grandes; el atrevimiento, soberbia y ambición no menores.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años; con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenía de los hombres, como enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad: mostrábase áspero, en especial de media edad en adelante; fué en la cólera muy desenfrenado, exasperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió; á manera de fiera

que agarrochean en la leonera y después la sueltan, no dejaba de hacer riza. ¡Qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenía de vengarse! Con estas costumbres no es maravilla que cayese, sino cosa vergonzosa que tanto tiempo se conservase... Varón verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna, maravilloso.

Por espacio de treinta años, poco más ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacía sino por su voluntad... Pero con el ejemplo de su desastrada muerte quedarán avisados los cortesanos que quieran más ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdición del criado, y los hados (cierto Dios) apenas permiten que los criados soberbios mueran en paz.»

(P. Juan de Mariana.—*Historia general de España*.—Don Alvaro de Luna, privado del Rey D. Juan II.)

«Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo), excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote* que quedase con gana de segundar con éste. De esto tiene la culpa algún amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado antes con mi condición que con mi ingenio; el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambición satisfecha, y el deseo de algunos que querían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: éste que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo

entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la maza izquierda de un arcabuzazo, herida que aunque parece fea él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria; y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas que las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasión se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que, aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas.»

(Cervantes.—Prólogo á las *Novelas ejemplares*.)

«Don Quijote... es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos.»

(Cervantes.—*Don Quijote*, 2.^a parte, cap. XIV.)

«Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas, no tenía siete palmos de

los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera.»

(Cervantes.—*Don Quijote.*)

«Delante venía su sobrina, moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo, los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas y encarnada la color del rostro: los cabellos rubios y crespos por artificio, según se descubría por las sienes; saya de burriel fino: ropa justa de contray ó frisado: los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademán era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecía muy bien, y en el todo mucho mejor.»

(Cervantes.—*La tía fingida.*)

«Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa y por la abertura de delante descubría un bosque, tanto era el vello que tenía en el pecho; traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos: el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.»

(Cervantes.—*Rinconete y Cortadillo.*)

«Era Marco Bruto varón severo, y tal, que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenía el silencio elocuente y las razones vivas. No rehusaba la conversación por no ser desapacible, ni la buscaba por no ser entremetido. En su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz. Juzgábanla los ojos, no los oídos. Era alegre sólo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor.»

(Quevedo.—*Vida de Marco Bruto*, escrita por el texto de Plutarco, ponderada con discursos.)

«El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para sabe el refrán que dice: ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avvicinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas buas de resfriado, que aún no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gáznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla hética; la barba grande por nunca se la cortar, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado

con mil gateras y guarniciones de grasa, era de cosa que fué de paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana, otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul, llevábala sin ciñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba las ratones, de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.»

(Quevedo.—*Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos*, cap. III.—Descripción del licenciado Cabra.)

«Dejad los libros ahora,
 señor licenciado Ortiz,
 y escuchad mis desventuras,
 que á fe que son para oír.
 Yo soy aquel gentil hombre,
 digo, aquel hombre gentil
 que por su Dios adoró
 á un cieguessuelo ruin.
 Sacrifiquéle mi gusto,
 no una vez, sino cien mil,
 en las aras de una moza
 tal cual os la pinto aquí.
 El cabello es de un color
 que ni es cuarto ni es florín,
 y la relevada frente
 ni azabache ni marfil.
 La ceja entre parda y negra,
 muy más larga que sutil,
 y los ojos más compuestos
 que son los de quis vel qui,
 entre cuyos bellos rayos
 se derriba la nariz,
 terminando las dos rosas,
 frescas señas de su abril.

Cada labio colorado
 es un precioso rubí,
 y cada diente el aljófara
 que el alba suele vertir.
 El aliento de su boca
 todo lo que no es pedir,
 mal haya yo si no excede
 al más suave jazmín.
 Con su garganta y su pecho
 no tiene que competir
 el nácar del mar del Sur,
 la plata del Potosí.
 La blanca y hermosa mano,
 hermoso y blanco alguacil
 de libertad y de bolsas,
 es de nieve y de neblí.
 Lo demás, letrado amigo,
 que yo os pudiera decir
 por mi fe que me ha rogado
 que me calle el faldellín.
 Aunque por brújula quiero,
 si estamos solos aquí,
 como á la sota de bastos
 descubriros el botín.
 Cinco puntos calza estrechos
 este señor hasta el fin;
 si hay serafines trigueños,
 la moza es un serafín.»

.....
 (D. Luis de Góngora.—*Romance.*)

«Espíritu lascivo,
 de los reinos de amor libre tirano,
 sutil átomo vivo,
 en picar y color mostaza en grano,
 para en alguna parte,
 que mal podré saltando retratarte.»

.....
 (Lope de Vega.—*La pulga.*)

«Curiosísima señora,
 tú que mi estado preguntas
 y *de moribus et vita*

examinarme procuras,
quienquiera que eres, atiende
y en cómico estilo escucha,
que he de decirte un romance
para quitarte la duda.

Va de retrato primero;
luego, si quiere la musa,
irá de costumbres, bien
que habré de callar alguna.

Sea lámina el papel,
matiz la tinta, la pluma
pincel: quiera Dios que salga
parecida mi pintura.

Yo soy un hombre de tan
desconversable estatura,
que entre los grandes es poca
y entre los chicos es mucha.

Montañés soy; algo deudo
allá, por chismes de Asturias,
de dos jueces de Castilla,
Lain Calvo y Nuño Rasura.

Hablen mollera y copete:
mira ¡qué de cosas juntas
te he dicho en cuatro palabras,
pues dicen calva y alcurnia!

Preñada tengo la frente,
sin llegar el parto nunca,
teniendo dolores todos
los crecientes de la luna.

En la sien izquierda tengo
cierta descalabradura,
que al encaje de unos celos
vino pegada esta punta.

Las cejas van luego, á quien
desaliñadas arrugas
de un capote mal doblado
suelen tener cejijuntas.

No me hallan los ojos todos
si atentos no me los buscan;
que allá en dos cuencas, si lloran,
uno es Huécar y otro Júcar.

A ellos suben los bigotes
por el tronco hasta la altura,
cuervos que los he criado
y sacármelos procuran.

Pálido tengo el color,
la tez macilenta y mustia
desde que me aconteció
el espanto de unas bubas.

En su lugar la nariz,
ni bien es necia ni aguda;
mas tan callada, que ya
ni con tabaco estornuda.

La boca es de espuerta rota,
que vierte por las roturas
cuanto sabe; sólo guarda
la herramienta de la gula.

Mis manos son pies de puerco,
con su vello y con sus uñas,
que, á comérmelas tras algo,
el *algo* fuera grosura.

El talle, si gusta el sastre,
es largo; mas si no gusta,
es corto; que él manda desde
mi golilla á mi cintura.

De aquí á la liga no hay
cosa ni estéril ni oculta,
sino cuatro faltriqueras
que no tienen *plus* ni *ultra*.

La pierna es pierna y no más,
ni jarifa, ni robusta,
algún tanto cuanto zamba,
pero no zamba-cañuta.

Sólo el pie de mí te alabo,
salvo que es de mala hechura,
salvo que es muy ancho y salvo
que es largo y salvo que suda,

Este soy pintiparado,
sin lisonja hacerme alguna;
y si así soy á mi vista,
¡ay, Dios! ¡cuál seré á la tuya!

(D. Pedro Calderón de la Barca.—Retrato de sí mismo
en el *Romance á una dama que deseaba saber su estado, persona
y vida.*)

«DOÑA JUANA

¿Buscáis amo?

CARAMANCHEL

Busco un amo;

que si el cielo los lloviera,
y las chinches se tornaran
amos, si amos pregonaran
por las calles, si estuviera
Madrid de amos empedrado,
y ciego yo los pisara,
nunca en uno tropezara,
según soy de desdichado.

DOÑA JUANA

Qué, ¿tantos habéis tenido?

CARAMANCHEL

Muchos, pero más inormes
que lazarillo de Tormes.
Un mes serví, no cumplido,
á un médico muy barbado,
belfo, sin ser alemán;
guantes de ámbar, gorgorán,
mula de felpa, engomado,
muchos libros, poca ciencia;
pero no se me lograba
el salario que me daba,
porque con poca conciencia
lo ganaba su mercé,
y huyendo de tal azar
me acogí con Cañamar.

DOÑA JUANA

¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

CARAMANGHEL

Por mil causas. La primera,
porque con cuatro aforismos,
dos textos, tres silogismos,
curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
estudios, libros Galenos,
ni gente que estudie menos
con importarnos la vida.
Pero ¿cómo han de estudiar
no parando en todo el día?
Yo te diré lo que hacía
mi médico. Al madrugar
almorzaba de ordinario

una lonja de lo añejo,
porque era cristiano viejo;
y con este letuario
aqua vitis, que es de vid,
visitaba sin trabajo,
calle arriba, calle abajo,
los *egrotos* de Madrid.
Volvíamos á las once:
considere el pío lector
si podría el mi doctor,
puesto que fuese de bronce,
harto de ver orinales
y fístulas, revolver
Hipócrates y leer
las curas de tantos males.
Comía luego su olla,
con un asado manido,
y después de haber comido
jugaba cientos ó polla.
Daban las tres y tornaba
á la médica atahona,
yo la maza y él la mona;
y cuando á casa llegaba
ya era de noche. Acudía
al estudio, deseoso
(aunque no era escrupuloso)
de ocupar algo del día
en ver los expositores
de sus Rasis y Avicenas;
asentábase, y apenas
hojeaba dos autores,
cuando doña Estefanía
gritaba: «Hola, Inés, Leonor,
id á llamar al doctor,
que la cazuela se enfría».
Respondía él: «En un hora
no hay que llamarme á cenar;
déjenme un rato estudiar.
Decid á vuestra señora
que le ha dado garrotillo
al hijo de tal condesa,
y que está la ginovesa
su amiga con tabardillo;
que es fuerza mirar si es bueno
sangrarla estando preñada,

que á Discórides le agrada,
mas no lo aprueba Galeno». Enfadábase la dama,
y entrando á ver su doctor,
decía: «Acabad, señor;
cobrado habéis harta fama,
y demasiado sabéis
para lo que aquí ganáis;
advertid, si así os cansáis,
que presto os consumiréis.
Dad al diablo los Galenos,
si os han de hacer tanto daño:
¿qué importa al cabo del año
veinte muertos más ó menos?
Con aquestos incentivos
el doctor se levantaba,
los textos muertos cerraba
por estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
de la ciencia que vió á solas;
comenzaba en escarolas,
acababa en aceitunas,
y acostándose repleto,
al punto de madrugar
se volvía á visitar
sin mirar ni un quodlibeto.
Subía á ver al paciente,
decía cuatro chanzonetas,
escribía dos recetas
destas que ordinariamente
se alegan sin estudiar,
y luego los embaucaba
con unos modos que usaba
extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
señora, á vueseñoría,
son flatos y hipocondría;
siento el pulmón opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene
con el quilo, le conviene
(porque mejor pueda obrar
naturaleza) que tome
unos alquermes que den
al hepate y al esplén

la sustancia que mal come.»
Encajábanle un doblón,
y asombrados de escucharle,
no cesaban de adularle
hasta hacerle un Salomón.
Y juro á Dios que, teniendo
cuatro enfermos que purgar,
le vi un día trasladar
(no pienses que estoy mintiendo,
de un antiguo cartapacio
cuatro purgas, que llevó
escritas (fuesen ó no
á propósito) á palacio,
y recetada la cena
para el que purgarse había,
sacaba una y le decía:
«Dios te la depare buena».
¿Parécele á vuesarcé
que tal modo de ganar
se me podía á mí lograr?
Pues por eso le dejé.

DOÑA JUANA

¡Escrupuloso criado!

CARAMANCHEL

Acomodéme después
con un abogado, que es
de las bolsas abogado,
y enfadóme que aguardando
mil pleiteantes que viese
sus procesos, se estuviese
catorce horas enrizando
el bigotismo; que hay trazas
dignas de un jubón de azotes.
Unos empina-bigotes
hay á modo de tenazas
con que se engoma el letrado
la barba que en punta está.
¡Miren qué bien que saldrá
un parecer engomado!
Dejéle, en fin, que estos tales,
por engordar alguaciles,
miran derechos civiles
y hacen tuertos criminales.

Serví luego á un clerigón
un mes (pienso que no entero)
de lacayo y despensero.
Era un hombre de opinión:
su bonetazo calado,
lucio, grave, carilleno,
mula de veintidoseno,
el cuello torcido á un lado,
y hombre, en fin, que nos mandaba
á pan y agua ayunar
los viernes por ahorrar
la pitanza que nos daba,
y él comiéndose un capón
(que tenía con ensanchas
la conciencia, por ser anchas
las que teólogas son),
quedándose con los dos
alones cabeceando,
decía al cielo mirando:
«¡Ay ama, qué bueno es Dios!»
Dejéle, en fin, por no ver
santo que tan gordo y lleno
nunca á Dios llamaba bueno
hasta después de comer.
Luego entré con un pelón
que sobre un rocín andaba,
y aunque dos reales me daba
de ración y quitación,
si la menor falta hacía,
por irremisible ley,
olvidando el *Agnus Dei*,
qui tollis racion, decía.
Quitábame de ordinario
la ración; pero el rocín
y su medio celemín
alentaban mi salario,
vendiendo sin redención
la cebada que le hurtaba;
con que yo ración llevaba
y el rocín la quitación.
Serví á un moscatel marido
de cierta doña Mayor
á quien le daba el Señor,
por uno y otro partido
comisiones, que á mi ver

el proveyente cobraba,
 pues con comisión quedaba
 de acudir á su mujer.
 Si te hubiera de contar
 los amos que en varias veces
 serví y andan como peces
 por los golfos de este mar,
 fuera un trabajo excusado;
 bástete saber que estoy
 sin acomodo el día de hoy
 por mal acondicionado.»

(Tirso de Molina.—*Don Gil de las calzas verdes*, acto primero, escena segunda.)

«Ninguna edad más á propósito para observar y advertir sus naturales que la infancia, en que, desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulación, obra sencillamente y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos sus afectos é inclinaciones...

Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojos, y risueño oye las alabanzas, y los retira entristeciéndose si se le afea algo. Si es animoso, afirma el rostro y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos; si liberal, desprecia los juguetes y los reparte; si vengativo, dura en los enojos y no depone las lágrimas sin la satisfacción; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos granjea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa, siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente; si alegre, ya levanta las cejas y, adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo, ya los retira y plegados los párpados en graciosos dobles, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo; así las demás virtudes ó vicios traslada el corazón al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que más advertida la edad los retira y cela... Pero no siempre estos juicios salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana que investiga sus obras y se retira de su curso ordinario... Otras

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA
 DE EXPOSICIONES

veces la naturaleza se esfuerza por excederse á sí misma y junta monstruosamente grandes virtudes y grandes vicios, como se vió en Alcibiades... Así obra la naturaleza desconocida á sí misma; pero la razón y el arte corrigen y pulen sus obras...»

(D. Diego de Saavedra y Fajardo.—*Empresas políticas.*)

«Este que camina con pasos graves y circunspectos es Tucídides, á quien la emulación á la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras de Peloponeso.

Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de que solamente han quedado cinco, á los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorantemente le maltrata, sin considerar que es tan docto que enseña más que refiere.

El que con la toga lisa y llana y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado el ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares que, como dijo Rodino, puede ser árbitro en ellas. El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos es Jenofonte, á quien Diógenes Laercio llamó Musa ática y otros, con gran propiedad, Abeja ática.»

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es C. Salustio, gran enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las traslaciones, y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito. Por el veneno que se ha sacado de esta fuente, dijo Budeo que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempos de príncipes tiranos; que si los alaban, son lisonjeros, y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parece que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrados de varias flores, porque es Tito Livio Patavino, de no menos gloria á los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polibio y dió en la superstición; así, por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la jornada de Cayo Suetonio, que viene después de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiese mejor la estragaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición, que no puede acomodarle á la lisonja ni tolerar los vicios de los príncipes aunque sean ligeros.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos que con la elegancia á los que quisieron imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores.

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Felipe de Comines, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida descubre su buen juicio, y el otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guichardino, gran enemigo de la casa de Urbino.

El que va á su lado con un ropón de martas que apenas puede darle bastante calor, es Paulo Jovio, adulator del Marqués del Vasto y de los Médicis, enemigo declarado de los españoles.

El otro de largas y tendidas vestiduras es Zurita, á quien acompaña D. Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos, y Mariana cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso: afecta la antigüedad, y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.»

(D. Diego de Saavedra y Fajardo.—*República Literaria.*)

ANGEL AVILÉS.

(*Concluirá.*)



LA FÍSICA ANTIGUA Y LA MODERNA ⁽¹⁾

II

Segundo período.—El Verbo de Dios no traía la misión de difundir la ciencia de los hombres del mundo, ni de cortar las contiendas entabladas entre los filósofos, creando una escuela donde se concentrasen las extravagancias de todos los sistemas, las ambiciones de todos los fundadores y las autonomías de todos los pueblos: su misión era más alta, como que emanaba del Cielo, al cual debía levantar las miras y tendencias rastreras de los hombres, y para esto era preciso transformar los corazones, esclarecer las inteligencias y vigorizar las energías del espíritu. ¿Cómo? Enseñando y practicando la humildad, piedra fundamental del edificio cristiano; predicando y confirmando con la eficacia del milagro verdades de un orden sobrenatural; haciendo que la semilla de las nuevas costumbres, regada y fecundizada con las aguas de una doctrina tan nueva como admirable, tan sencilla como profunda, produjese frutos abundantísimos de vida eterna. Y hé aquí lo que Jesús hizo con el ejemplo y con la palabra, lo que hicieron sus Apóstoles, sus

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

mártires y los primeros apologistas de su Iglesia. Para consolidar los cimientos de la nueva institución, y por consiguiente la fe en los corazones cristianos, holgaba toda discusión y controversia fuera del terreno del dogma y de la exégesis bíblica, toda vez que en ese terreno se entabló la lucha del paganismo, de la herejía y el cisma contra las enseñanzas del dogma cristiano.

Por otra parte, los romanos se cuidaban menos de fomentar la cultura de los países conquistados que de allegar recursos para enriquecer á la metrópoli y granjearse la estimación de los que pudieran conceder dignidades y honores. Sin embargo, más ó menos tarde, los vencedores llegaban á ser tributarios de los vencidos, porque la ilustración y la ciencia pueden más que la fuerza y el oro; por eso Roma, vencedora de Grecia, hubo de rendirse y pagar tributo á la cultura griega. Entre las obras latinas que contribuyeron no tanto al progreso de la física como á la difusión de los conocimientos adquiridos anteriormente, baste citar las *Questions naturales* de Séneca y la inmortal enciclopedia de San Isidoro que se llama *Las etimologías*, juntamente con su tratado *De natura rerum, ad Sisebutum Regem*.

Tampoco los árabes pecaron de escrupulosos en lo de respetar la civilización de los pueblos que ocupaban: menos codiciosos quizá que los romanos, pero más fanáticos en materias religiosas, el Corán se imponía á toda costa allí donde fijaban su planta; éste era su mejor botín y su más codiciada presa: Mahoma les inspiraba el cumplimiento de este primer deber, y era preciso complacer al Profeta por encima de todos los sacrificios, de todas las glorias y de todas las civilizaciones.

De donde resulta que, al derruirse los muros del Museo alejandrino, derruyéronse también los cimientos del alcázar de la ciencia, sucediendo á una vida exuberante y rica en toda clase de trabajos científicos la paralización completa de toda cultura intelectual. El primer período de la Edad Media fué un paréntesis para la ciencia, una noche oscura y silenciosa en que, para ver brillar los astros, era preciso venir á España, que en España fué donde con más profusión

derramaron los árabes, cuando ya juzgaron asegurado su dominio y arraigadas sus creencias, los reservados despojos de civilización y cultura que, en sus invasiones por la India y la China, habían ido atesorando para ostentarlos en su día desde las tribunas de Córdoba, la Alhambra de Granada, los torreones de Sevilla y la mezquita de Toledo.

Genios científicos de primera fuerza descollaron también entre los cristianos, sobre todo en el período del escolasticismo, aunque para algunos parezca un contrasentido, como bien claro nos lo muestran los nombres de un Alberto Magno, de un Santo Tomás, de un Roger Bacón y de un Raimundo Lulio.

Merecen citarse entre los ingenios de raza semítica que cultivaron las ciencias físicas, sin contar los que sobresalieron en medicina, alquimia ó química, astronomía é historia natural, tales como Geber, Mesué, Rhasés, Avicena, Averroes, Abulcasís y otros: Alhasen, que publicó en España un tratado de óptica, enseñó cómo el enrarecimiento del aire está en razón directa de la altitud, y tentó calcular la irregularidad de las refracciones según la densidad de la atmósfera; los judíos Mosch, Rabí Moisés-ben-Hanoch, que fundó en Córdoba una escuela talmúdica, germen de la cultura científica de los hebreos españoles, superior durante la Edad Media á la de todos sus correligionarios de Europa y Asia; el famoso médico Maimónides, que apenas hubo ramo de la ciencia que no cultivase; el toledano Abraham-ben-Meir Hezra, llamado el Sabio por sus vastos conocimientos, y muchos otros de que no hace mención la historia de la física, por no haberse escrito hasta la fecha ninguna que merezca el nombre de tal.

En contraposición con la cultura científica de los árabes, salpicada siempre, aun en la época de su apogeo, de sombras y nubes originadas por la superstición y el fanatismo, como lo prueban los rudos esfuerzos para ver de dar con la piedra filosofal, el elixir de la vida ó la panacea universal, deben citarse como genios de primer orden, iniciadores de la restauración que hasta mediados del XV no se mostró franca, ni gloriosa y esplendente hasta principios de XVIII,

á Alfonso el Sabio, cuyo palacio era una academia donde se discutían pacíficamente los puntos más arduos de las ciencias, se consultaban y comentaban los escritos más autorizados de la antigüedad y de los árabes, y se componían obras utilísimas en toda clase de conocimientos; á Alberto Magno, quien, utilizando los elementos suministrados por los árabes y hebreos, cuyas obras se iban propagando rápidamente, aportó con su extraordinaria laboriosidad y vastos conocimientos mejoras de consideración, no sólo á las ciencias teológicas, morales, místicas y exegéticas, sino también á las físicas, geográficas, mineralógicas, botánicas, zoológicas, químicas, astronómicas, meteorológicas, fisiológicas y hasta frenológicas, rompiendo por otra parte, con mayor entereza que ninguno de sus antecesores, con las arraigadas preocupaciones de sus contemporáneos, é imprimiendo á la filosofía tal dirección científica y experimental, que pugnaba con el decantado ergotismo escolástico de que alguien pretende hacerle fautor ó fundador. Las propiedades del imán y sus inmediatas aplicaciones, tan traídas y llevadas por los chinos, los fenicios y otros pueblos de la antigüedad, reciben nueva luz en las obras de Alberto Magno, quien además habla de nuevos fenómenos astronómicos y físicos, construye nuevos aparatos y aclara muchas cuestiones en el orden de la ciencia experimental. En cuanto á Santo Tomás de Aquino, nadie puede negar que fué la primera lumbrera de la Edad Media, no por sus descubrimientos é indagaciones en las ciencias de observación y de experiencia, que en esto le llevó mucha ventaja el autor del *Génesis á la letra*, San Agustín, su inspirador y modelo, sino por la profundidad de su saber, por la alteza de sus miras y extensión de sus conocimientos. En la exposición de los ocho libros *Phisicorum* de Aristóteles se extiende en consideraciones atinadísimas acerca de la teoría de la fuerza y las leyes del movimiento; pero donde campea el poder de su extraordinaria inteligencia es en la exposición de las verdades, métodos y sistemas del orden metafísico, teológico y moral, como se ve en las páginas de oro de su *Suma teológica*. «Cuanto constituye la esencia de la polémica contemporánea, escribe uno de los

biógrafos más elocuentes del Santo, encuentra decisión ó respuesta, guía y dirección, limitaciones ó desarrollos en la doctrina de Santo Tomás, que erguido en medio de los siglos, en el punto de intersección de las dos edades científicamente consideradas, en el ocaso de la sociedad feudal que desaparecía, y en los albores de la vida moderna que se anunciaba, si sintetizó lo verdadero, lo bueno y lo bello de lo pasado, no presintió menos los peligros de lo venidero, y, poniendo sobre los inmutables fundamentos de la religión los sillares de la sabiduría, levantó la pirámide de la ciencia para que las generaciones que debían sucederle, arrastradas por el torbellino de las pasiones, extraviadas en el desierto de la vida, tuviesen un punto adonde volver los ojos para orientarse y emprender un rumbo en busca de la verdad que enseña, de la bondad que santifica, de la belleza que eleva, y que, unidas en unidad absoluta en el seno de Dios, constituyen el fin de toda doctrina y de toda ciencia dignas de este nombre, como la ciencia y la doctrina de Santo Tomás de Aquino.» No cabe olvidar tampoco el nombre de Roger Bacon, espíritu despreocupado como pocos, de carácter tan independiente y arriesgado que, arrostrando las consecuencias de una exageración nada prudente en la manera de apreciar el valor del método experimental en contraposición con el racional y deductivo predominante en su época, y, lo que es más, alardeando de incrédulo en lo que se refiere á la validez de las ciencias especulativas, que, sin la sanción de la experiencia, de nada y para nada sirven, según su juicio, abrazó sin reparo la misión de reformador científico que le inspiraban su genio y su carácter, y con ella las odiosidades y persecuciones de sus contemporáneos, que no habían de ser pocas en una época en que la magia y el sortilegio se confundían con las producciones del hábil experimentador ó del científico laborioso. Su predilección por las teorías de la óptica se manifiesta en sus profundos estudios acerca de la refracción y reflexión de la luz, de la perspectiva y determinación del foco en los espejos cóncavos y convexos, en la descripción y manejo de un cierto telescopio y de otros instrumentos análogos; también habla de ar-

tificios para volar y andar sin peligro por el fondo de los mares y de los ríos, para producir en la atmósfera relámpagos y truenos parecidos á los naturales; y, si no inventó la pólvora, porque los chinos y los griegos la habían empleado ya, pudo muy bien modificarla, perfeccionarla ó dar con una mezcla nueva que recibiese el mismo nombre. Finalmente, hemos de mencionar á Arnaldo de Villanueva y Raimundo Lulio, españoles los dos, y los dos cultivadores entusiastas de las ciencias experimentales; á Flavio Gioja, inventor de la aguja náutica, según las opiniones más autorizadas; y por fin, saltando á la mitad del siglo XV, y dejando á un lado los nombres de Purbaek, Regiomontano, Walther y algunos otros, á Gutenberg, que, con la llave de su maravillosa invención, cierra las puertas de la Edad Media y abre las del Renacimiento.

III

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ARSENAL MARITIMO DE LONDRES

Iníciase el período del Renacimiento con la invención de la imprenta hacia la mitad del siglo XV, invención que cambió por completo el curso de los acontecimientos intelectuales, rompiendo los moldes que aprisionaban las producciones del ingenio para esparcirlas y difundirlas como rayos benéficos por los confines del mundo, á fin de que los amantes del saber y de la ciencia, contemplando sin dificultad y de una sola mirada, por decirlo así, el gran cuadro de las humanas creaciones, con sus sombras y lagunas, con sus bellezas y arranques, continuasen con nuevos bríos, con más experiencia y mayores garantías de acierto, la empresa comenzada, cuyo diseño tenían á la vista, realzándola y levantándola á superiores esferas donde otra generación pudiese darle digno coronamiento. Ni fué sola la imprenta la iniciadora de esta revolución científica: el hallazgo ó perfeccionamiento de la pólvora, incomparablemente más energética y de más fácil manejo que el *natrón* de los chinos, que el *fuego* de los griegos y que todos los explosivos de los antiguos pueblos; el lógico progreso de las armas para lanzar proyectiles; de la artillería, de la balística, del arte de la

guerra en general; las aplicaciones de la brújula para dirigir las naves; el descubrimiento del Nuevo Mundo, los viajes á la India... todos estos acontecimientos, suficientes para formar la historia de muchos siglos, y que por inescrutables designios de la Providencia coincidieron en aquella época de gloriosa transición, coadyuvaban eficazmente á la universal reforma iniciada por la imprenta.

Las ciencias experimentales recibieron extraordinario impulso, quizás á expensas de las especulativas, que por una serie de concausas, fáciles de comprender, perdieron en vigor é influencia. La física vió levantarse orgullosa en su horizonte aquella aurora, mensajera del día más hermoso y espléndido; Leonardo de Vinci, tan artista como físico y tan físico como artista, conoció la cámara oscura sin lente, los fenómenos de los líquidos en tubos capilares, las figuras que producen las placas vibrantes espolvoreadas, la teoría del plano inclinado y el principio de las velocidades virtuales, las leyes y efectos del frotamiento de los cuerpos, la manera de calcular la energía desarrollada por las máquinas, merced á un dinamómetro ingenioso que inventó; la resistencia, la condensación y peso del aire, de donde dedujo la ascensión de los cuerpos sobre las regiones de la atmósfera y la formación de nubes; hizo investigaciones notables sobre las propiedades del imán, los fenómenos luminosos, el mecanismo de la visión, y por fin descubrió la difracción, tan fecunda en la variedad de sus fenómenos como en la utilidad de sus aplicaciones.

Y entrando en pleno siglo XVI, siglo de oro de la literatura española y también de los progresos científicos, de lucha universal entre una filosofía franca y humilde que reclamaba los fueros de su realeza con las armas de la sobriedad científica, de la sólida argumentación y de la inflexible dialéctica, y otra advenediza, aparatosa y descocada que, para suplantar á la primera, lisonjeaba por medio de los predicadores del libre examen la independencia más subversiva; siglo de radicales cambios, de fermentaciones tumultuosas y de sublimes contrastes para las naciones de Europa; siglo, en fin, para la nación española de los grandes

capitanes, de los grandes literatos, de los pintores insig-
nes, de los famosos poetas, de los pensadores profundos,
de los médicos esclarecidos, de los físicos eminentes, de
las Universidades modelos, de los gigantescos monumentos,
de las industrias florecientes, del comercio, cuyas flotas
surcaban todos los mares, llevando la civilización y el pro-
greso á mundos desconocidos; entrando en pleno siglo XVI,
mil veces glorioso, en que la física moderna comienza á
germinar sobre las ciencias de la Edad Media, sálenos al
encuentro una pléyade de sabios cultivadores de esa cien-
cia tan ilustre, como Cristobal Colón, Frascator, Jorge
Hartman, Stevin, Maurolyco de Mesina, Benedetti, Cardan,
el napolitano Porta, Antonio de Dominis, Gilbert, sin con-
tar los españoles Vallés, Cascales, Acosta, Oviedo, Gui-
llén, Corcuera, Martín Cortés, Pérez de Oliva, Blasco de
Garay, Juan Escribano, Pedro de Torres, y otros mil cuyos
nombres serán conocidos cuando se escriba la primera his-
toria de la física española.

El magnetismo terrestre, la óptica y las primeras aplica-
ciones del vapor, fueron, sin duda, las tres ramas predilec-
tas de los físicos del siglo XVI. El magnetismo tuvo dignos
representantes: en Cristobal Colón, cuyo mérito no es sola-
mente el de haber sido el primero en descubrir una línea
magnética sin declinación, sino también el de haber propa-
gado por Europa el estudio del magnetismo terrestre, y
apreciado con exactitud el crecimiento progresivo de la de-
clinación hacia el Oeste, á medida que se separaba de aque-
lla línea; en Frascator, por sus ideas acerca del magnetismo
y la electricidad, y su vago presentimiento de la atracción
universal; en Gilbert, el primero que consideró la tierra
como un grande imán, que indicó su acción sobre la agu-
ja imanada y resucitó la idea de la electricidad, frotando
muchas otras sustancias, distintas del ámbar y el azabache,
presentándolas, ora á una aguja muy ligera, como la mag-
nética, ora á pedacitos de papel, pajillas, etc., y observan-
do que, efectivamente, quedaban todas electrizadas, excep-
ción hecha de los metales, lo cual dió lugar á la división
de los cuerpos en *idioléctricos* ó capaces de ser electrizados

por frotamiento, y *aneléctricos* ó no susceptibles de adquirir esa propiedad; en Guillén, farmacéutico y botánico sevillano, á quien se debe la invención de la brújula de variación, con la cual se podían medir las alturas del sol; en Rodrigo Corcuera, constructor de una aguja de variación, fundada en cierta proporcionalidad respecto de la latitud, y otros varios aparatos especiales para determinar esta variación con algún otro elemento de cálculo, según el fin á que hubiera de aplicarse; en Martín Cortés, que, estudiando la dirección de los meridianos y paralelos magnéticos, presentó la hipótesis de que el polo magnético no coincidía con el terrestre, sosteniendo que estaba situado en un punto fijo en Groenlandia, y explicando de este modo las variaciones de la brújula y otros efectos de la aguja imanada; en Fernán Pérez de Oliva, para quien se creó en Salamanca una cátedra de «luz y magnetismo», que concibió el proyecto de aplicar el fluido magnético á la comunicación de personas ausentes y distantes entre sí, surgiendo de aquí la primera idea del telégrafo á principios del siglo XVI; en el agustino Fr. Andrés de Urdaneta, compañero de Legazpi en la expedición á Filipinas (1564), conocedor, como pocos, de la virtud y propiedades de la aguja imanada; en Álvaro Tomás, Juan Rojas, Juan Pérez de Moya, etc., etc.

La luz, como ya se ha dicho, fué objeto de serios estudios en las antiguas escuelas filosóficas; como que de la Academia de Platón salió la ley más fundamental de toda la óptica, ó sea que «la luz se propaga en línea recta, formando el ángulo de incidencia igual al de reflexión». Pitágoras, Demócrito y Epicuro, Aristóteles, Euclides, Heliodoro de Larisa y otros muchos estudiaron, ya en una, ya en otra forma, las propiedades lumínicas, echando los cimientos de aquella ciencia. La nueva faz de la misma data del siglo XVI, en que Maurolyco de Mesina contó los siete colores del espectro, determinó la marcha de los rayos reflejados por los espejos ó refractados por las lentes, el trazado de las cáusticas, los efectos producidos por los anteojos en los míopes y en los présbitas, los secretos de la visión y, por fin, los principios de la fotometría; Frascator

inventó la cámara oscura; Porta la perfeccionó; el P. Scheiner inventó el helióscopo, y, por último, un arquitecto español, cuyo nombre se ignora, hermano de Rogete de Borgoña, vecino algún tiempo de Barcelona, inventó el telescopio, digan lo que quieran los historiadores franceses, que atribuyen la invención, unos á Zacarías Jansen, otros á Cornelio Drebbel, algunos á Fontane, y muchos á Galileo.

Hasta la fecha no se sabe á ciencia cierta quién descubrió el vapor, la eolípila de Herón de Alejandría, descrita por él en su *Pneumática*, resulta ser, ante el escalpelo de la moderna crítica, un simple molinete, muy ajeno á la verdadera máquina de vapor y á sus aplicaciones. Tampoco se ha demostrado de una manera evidente que Blasco de Garay le aplicase por primera vez en los ensayos hechos en los puertos de Málaga y Barcelona; pero existen datos muy elocuentes para compartir la gloria del descubrimiento entre el napolitano Juan Bautista Porta y el español Juan Escribano, vecindado en Italia á mediados del siglo XVI. Éste tradujo, del latín al español y al italiano, la famosa obra de las *Pneumáticas* de aquél, añadiendo en ambas traducciones un capítulo que no está en el original, y en el que consta precisamente, con una claridad admirable, el efecto del vapor, y se anuncia que puede tener muchas y útiles aplicaciones.

El fusil de viento, de Juan Lobsinger; las primeras indicaciones higrométricas de Cardán; la propagación del sonido en los sólidos, del mismo Bacón; el *nonius*, de Núñez, y otra infinidad de descubrimientos en las distintas ramas de la física, datan también de esta época de gloriosa restauración.

IV

Aurora de la vida científica pudiéramos llamar al siglo XVI; el día comienza en el XVII. Las preocupaciones de un pueblo, de cualquier género que sean y por absurdas que se las suponga, no se desarraigan tan fácilmente; y aunque mucho se había adelantado en este sentido desde los albo-

res del Renacimiento, merced al arrojo de algunos escritores de esa época, forzoso es confesar que aún se juraba mucho *in verba magistri*, que se exageraba más de lo conveniente la autoridad del pasado, y que el progreso científico exigía más holgura, horizontes más amplios y, sobre todo, una organización de que entonces carecía.

Algo de esto consiguió el siglo XVII. Preparado el terreno por la generación anterior, familiarizado el pueblo con las nuevas teorías y sistemas científicos, desvanecidas las preocupaciones del vulgo é iniciada en toda forma una nueva civilización, las providencias inquisitoriales, inspiradas por la necesidad y por el apasionamiento de algunos sabios, fuéronse acomodando á las circunstancias, contemporizando y transigiendo con las nuevas tendencias y mermando la energía de su acción bienhechora por no existir ya las causas que la motivaran. De cualquier modo, los recelos de muchos pusilánimes desaparecieron, y el hombre, creyéndose más libre por pertenecer á una sociedad perturbadora y levantisca, como si la libertad pudiese ser patrimonio del protestantismo imperante en el orden religioso, del absolutismo absorbente y avasallador de las libertades eclesiásticas y populares en el político, y del racionalismo, tímido, incompleto y como vergonzante al principio, franco y completo después, en el filosófico; corrió desatentado por el camino de la ciencia descubrió mucho, inventó mucho, pero cuidándose más de hacinar materiales que de levantar el edificio; es decir ensalzando los fueros de la experiencia con perjuicio de los de la razón, y no queriendo reconocer un criterio de verdad distinto del suministrado por los sentidos, apenas supo formular unas cuantas leyes, sentar algunas teorías y establecer algún que otro sistema. Por eso su trabajo no constituyó la ciencia, que se compone de leyes, teorías y sistemas; pero, eso sí, proporcionó datos valiosísimos para constituirle, y aun trazó algunas líneas del gran plano sobre el cual debía levantarse.

Tres hombres de distinta nacionalidad, carácter y genio, Galileo en Italia, Descartes en Francia y Newton en Inglaterra, vienen á ser los portaestandartes de la ciencia física

en el siglo XVII y parte del XVIII; alrededor de esos tres astros giran infinidad de satélites de verdadera importancia, pero cuyos nombres no caben en este discurso, que apenas merece llamarse bosquejo histórico de la física.

El isocronismo de las pequeñas oscilaciones del péndulo, las leyes del movimiento de los cuerpos sometidos á la acción de la pesantez, la determinación experimental del peso del aire mediante un globo de cristal, la verdadera teoría de los cuerpos flotantes, los primeros ensayos sobre la balanza hidrostática, la no instantaneidad de la propagación de la luz, la construcción de un nuevo telescopio y otros muchos descubrimientos de mecánica, de hidrostática y de óptica, son debidos á Galileo. De Descartes son las leyes de la refracción de la luz, la explicación verdadera y definitiva del arco iris y la confirmación de la idea ya emitida por los antiguos de que el problema del mundo se reduce á un problema de mecánica, ó sea que todos los fenómenos de la Naturaleza se resuelven y explican por simples movimientos. Newton descubre la ley de atracción universal y la comprueba experimentalmente, descompone la luz blanca y la recompone, demostrando que consta de la mezcla de los siete colores elementales desigualmente refrangibles; construye un telescopio más perfecto y de mayor alcance que el de Galileo, conoce la aberración de refrangibilidad, y, en una palabra, asienta las bases de la mecánica y la óptica.

Copérnico, Ticho-Brahe, Keppler, Bacón de Verulamio, y aun el mismo Pascal, más que por sus descubrimientos físicos se distinguieron por sus descubrimientos astronómicos, por sus nuevas teorías filosóficas ó por sus tendencias evolucionistas é innovadoras. Pascal, sin embargo, es bien conocido en física por sus ensayos acerca de la medición de alturas mediante las indicaciones del barómetro, y sobre todo por su famoso principio de la igualdad de presiones ejercidas sobre los líquidos, origen y fundamento de la prensa hidráulica; y Bacón parece haber sido de los primeros en iniciar la idea de que el calórico no era un fluido especial distinto de la materia, sino la materia misma en vibración

juntamente con los fluidos que envuelven las moléculas de los cuerpos.

Galileo, á quien muchos consideran como el fundador de la física moderna, á quien se nos presenta perseguido por el Santo Oficio, anatematizado por un Papa, torturado en las mazmorras de la Inquisición, y hasta camino de la hoguera para expiar el crimen nefando de su más glorioso descubrimiento, sin tener en cuenta que pasaron ya los tiempos en que se daba crédito á tales consejas; Galileo, decimos, continuó viviendo, después de su muerte, en las aulas de la celebérrima Academia Florentina del Cimento, fundada por sus discípulos, entre quienes descuella Torricelli, inventor del barómetro que lleva su nombre, perfeccionador de las nociones dadas por su maestro acerca del vacío y de la pesantez atmosférica, autor del principio fundamental de la hidrodinámica relativo á la velocidad con que salen los líquidos por orificios practicados en pared delgada, y de varios otros descubrimientos.

Pascal, Otton de Guericke, el P. Kircher, Grimaldi, Gasendi, el P. Mersenne, Salvador, Mariotte, Boyle, Hooke, Halley, Huyghens, Casini, Roemer, Benito Castelli, el padre Schott, Richer, Papin, Auzout, Vossio, Calciarolo de Bolonia, Zacarías Jansen, Drebbel y otros innumerables forman en la historia de la física del siglo XVII el cortejo de los corifeos ya citados.

Otton de Guericke, y á la vez que él los físicos de Florencia, discípulos de Torricelli, combaten el absurdo del horror al vacío que Galileo no supo combatir, corroboran con nuevas experiencias la pesantez y elasticidad del aire, sus cambios de presión, la dilatación del agua al pasar del estado líquido al sólido, la dilatación ó condensación de los fluidos por el calor ó frío, etc., valiéndose el primero de su máquina pneumática y los segundos del tubo de Torricelli, de grandes esferas de cobre, de cristal, de plata y de oro, de diversos cuerpos, tales como el cristal, el estaño, la plata, etc. La intensidad del sonido, como efecto del número de vibraciones, la velocidad del mismo y la necesidad de un medio para que se propague, fueron también frutos de

la Academia del *Cimento* y del burgomaestre de Magdeburgo, á quien debemos también el primer manómetro, la primera máquina de electricidad estática, el ruido y la luz de la electricidad por frotamiento, y otros descubrimientos de importancia. El P. Kircher inventó la linterna mágica, fundamento del microscopio solar, descubierto en el siglo siguiente; confirmó la eficacia de los espejos ustorios empleados por Arquímedes para incendiar los bajeles de Marcelo, colocando cinco espejos planos de manera que los rayos reflejados del sol fuesen todos á concurrir á un mismo foco, é hizo otros experimentos de óptica recreativa. Grimaldi estudió como ninguno el fenómeno de la difracción; Gassendi diferenció los sonidos graves de los agudos y sentó los principios de la propagación de la luz; el P. Mersenne presintió antes que Pascal el resultado de la experiencia de la montaña de Puy-de-Dôme, construyó el primer higrómetro conocido y halló el medio de utilizar la reflexión de la luz en la construcción de telescopios; Salvador, como Walbi y Gassendi, enriqueció extraordinariamente la acústica; Mariotte nos proporciona el aparato todavía usado en los gabinetes de física para demostrar las leyes del choque de los cuerpos elásticos, el frasco y la ley que llevan su nombre, muchas experiencias acerca de las indicaciones barométricas y curiosas observaciones sobre la elasticidad del aire, de la hidrostática é hidrodinámica; Roberto Boyle inventa el barómetro estático ó baróscopo, perfecciona la máquina pneumática de Otton y hace nuevas y curiosas experiencias sobre las propiedades del aire, aborda el estudio de la electricidad, introduce esta nueva palabra en la ciencia, comprueba su desarrollo en la campana de su máquina pneumática y vislumbra el descubrimiento del electromagnetismo.

Viene en seguida Hooke con su udómetro, su anemómetro, su barometrógrafo y su termometrógrafo, con su reloj de áncora, su teoría de las ondulaciones luminosas, su nuevo sistema de señales, sus perfeccionamientos aportados á los anteojos, sus tentativas para dar con la cámara clara ó lúcida, etc.; Halley perfeccionó las observaciones barométricas.

cas y nos legó la primera carta magnética; Huyghens aplica el péndulo á los relojes, inventa el micrómetro, formula las leyes del choque, dicta los procedimientos para determinar los coeficientes de la refracción de la luz, mejora la construcción de los anteojos, mide la fuerza centrífuga en el movimiento circular, explica la refracción sencilla y la doble por ondas esféricas y elipsoidales, estudiando la segunda en el espato de Islandia, y deduce y explana su teoría acerca de las ondulaciones, que es el más luminoso y trascendental de todos sus trabajos científicos; Casini da nuevo impulso á los estudios meteorológicos; Røemer, Castelli y Schott nos hablan de indicaciones barométricas y manométricas, hldróscopos y areómetros, de propagación de luz y de otros puntos de escasa importancia; Richer y Auzout suministran las primeras ideas del pirómetro y de la longitud del diámetro de las aberturas que pueden tener los objetivos respecto de sus distancias focales; Papin nos presenta su utilísima marmita, fruto de muy largas experiencias; Vossio fué quien primero sostuvo en su tratado *De lucis natura et proprietate* que los colores son inherentes á la naturaleza misma de la luz; Calciarolo de Bolonia hizo estudios sobre la fosforescencia; el P. Lana resucitó la idea de las ascensiones aerostáticas; Jansen, Drebbel y algunos más son bien conocidos por sus trabajos acerca del empleo del microscopio. Entre los españoles consagrados al estudio de la ciencia se distinguieron, no sólo como matemáticos, sino también como físicos, Juan Pérez de Céspedes, Carmuel, Francisco de Seixas, Pimentel, Hernando Castrillo, Andrés Dávila, Isaac Cardoso y cien más, sin incluir la serie innumerable de matemáticos, astrónomos, químicos, naturalistas y médicos que elevaron muy alto el nivel de la ciencia física en España.

FR. JUSTO FERNÁNDEZ,
Agustino.

(Continuará.)



UN MUNICIPIO EXCOMULGADO POR EL PAPA

El Obispo de Lugo, D. Rodrigo Ibáñez (1320-1326) experimentó antes de tomar posesión del obispado las grandes amarguras que los señoríos temporales solían traer á los prelados. Al ser elegido, los santiagueses se hallaban también en abierta rebelión contra el suyo, quien salió de la ciudad del Apóstol para exponer sus agravios ante la corte y pedir justicia á la Regente. Como no se podía adivinar qué sesgo tomarían las cosas, y cuándo volvería D. Berenguer, que parecía resuelto á no regresar á su diócesis sin obtener el completo castigo de los rebeldes, en el cual se resistía á consentir la no menos discreta que piadosa D.^a María de Molina, el Obispo electo de Lugo emprendió el viaje con varios nobles gallegos en busca del Arzobispo de Santiago para que se sirviera consagrarle, como lo hizo en Castro-
nuño. Pero creyendo de su deber acompañar á su metropolitano, fué con él detenido y encerrado en Tordesillas de orden de la Reina, que quería vencer así la terquedad y obstinación del Arzobispo; fué ultrajado y estropeado en Fuente Saúco, con motivo de la sangrienta colisión habida entre sus acompañantes y los vecinos por la profunda antipatía con que los castellanos miraban á los gallegos; y cuando,

después de haber quedado gravemente enfermo en Puente de Miño, se incorporó á su metropolitano en Compostela, participó de los disgustos y sinsabores con que éste fué afligido hasta tomar posesión de la ciudad. Podía recordarse á este propósito lo de *cuando las barbas de tu vecino veas pelar...* D. Rodrigo pudo leer en Lugo la segunda edición, si no corregida, aumentada, de lo que había visto en Santiago. Por más que hizo el nuevo Obispo, no logró ejercer su jurisdicción sobre la ciudad. No encontrando para sus cuitas remedio en la tierra, acudió al Vicario de Cristo, al que tiene las llaves del cielo; y el Papa Juan XXII envió una bula al Arzobispo de Compostela, á fin de que éste procurase, con la persuasión y las amenazas, reducir á los vecinos, dándole plenas facultades para que, si persistían en su contumacia, excomulgara con excomunión mayor á cuantos de cualquier modo tuvieron participación en las pasadas revueltas y pusiese entredicho en la ciudad y sus tierras, y aun, si lo creía atinente, en todos los pueblos vecinos; mandaba también el Sumo Pontífice que si á los doce días de tener conocimiento de su carta la ciudad perseveraba en su resistencia, los legos debían ser privados de todos sus honores, dignidades y oficios públicos, y los clérigos de todos sus beneficios, curados ó sin cura de almas, de cualquier clase que fueran, sin excluir los canonicatos, con inhabilitación perpetua para recobrarlos ú obtener otros; si este castigo no doblgara aún la cerviz del pueblo, pasados otros doce días, los hijos, nietos y biznietos de los recalcitrantes se considerarían infames con infamia canónica para el efecto de obtener honores eclesiásticos ú oficios públicos; todos los feudos y derechos y jurisdicciones que tenían de las iglesias los perderían desde aquel momento para siempre sus poseedores; se les privaría de la facultad de testar y recibir cosa alguna por testamento ni abintestato; sus instrumentos y escrituras no tendrían nunca, aun hechas ante notario, valor alguno; y si estas penas no fuesen bastantes para hacer á los vecinos mudar de propósito, se impondrían otras, así temporales como espirituales, más duras aún y más sensibles.

El Arzobispo de Santiago cumplió lo que Juan XXII, el Papa jurista por antonomasia y uno de los hombres más instruídos de su época, le mandaba y facultaba con delegación apostólica. Empleó primeramente la suavidad y el cariño; luego la persuasión y el consejo; más tarde la severidad y la amenaza; después la solemnidad aparatosa y siempre temible de un proceso jurídico en toda regla; y, finalmente, visto el ningún resultado de sus esfuerzos para salir airoso de su comisión sin echar mano de medidas extremas, tomó el partido de trasladarse en persona á Lugo y publicar é intimar con las ceremonias ostentosas é imponentes propias del caso la sagrada bula, en que el representante de Dios en la tierra, ante cuya autoridad sin límites los ejércitos más poderosos doblaban la rodilla y los reyes más soberbios inclinaban hasta el polvo la coronada frente, lanzaba entre relámpagos de indignación, desde la resplandeciente cumbre de su altísimo poder, el terrible rayo del anatema contra los que continuaran en la rebeldía contra su señor. Pero D. Rodrigo Ibáñez no quiso esperar á ver en qué paraba la cosa, aunque ya iba presentando buena cara, y dejándose de señorios en Lugo, obtuvo su traslación para la diócesis de Tuy, donde pudiera descansar de las fatigas de los seis años empleados en pedir su jurisdicción y en coadyuvar á que recobrase la suya el Arzobispo de Santiago.

La excomunión pontificia produjo sus efectos: las circunstancias eran también para ello favorables. Alfonso XI, cuando apenas tenía catorce años de edad, manifestó que no necesitaba andadores para pasearse por sus Estados, y comenzó á dar muestras de aquella su varonil entereza y alma de acero con que había de hacer méritos bastantes para que con el nombre de *el Vengador* le conociese la historia.

El Infante D. Felipe, Adelantado mayor en el reino de Galicia, comprendió que con la venida de príncipe tan altivo y entero se le escapaba de las manos su antiguo poder, y se puso al lado de la mitra, jurando entregar á su muerte la fortaleza de San Pedro, cuya posesión, sin embargo, se reservó de por vida para no perder del todo su influencia y preponderancia en el país. Fuese por lo que fuese, los veci-

nos hicieron las mayores demostraciones de arrepentimiento, volvieron á la plena obediencia de los Obispos, reconocieron sin ambages ni reservas su dominio, y humildemente le suplicaron que se usara con ellos de misericordias, no atendiendo á los hechos pasados, sino á la sinceridad de la conversión presente.

D. Juan, sucesor de D. Rodrigo, conoció desde luego que no se debían extremar las resoluciones y que era muy conveniente trocar el vinagre, que repele, por el aceite, que suaviza, no fuese que, tratándose de un pueblo tan varonil y esforzado, la cuerda por lo tirante saltara y el arco, cuanto más encorvado con mayor fuerza, al extenderse, disparara la saeta. De otro lado, las consecuencias de las enardecidas luchas entre la mitra y el concejo habían sido tan funestas y temibles, la vida con tantos trastornos y revoluciones se había hecho en Lugo tan difícil, y el miedo al castigo por los pasados excesos era tan grande, que la antes populosa ciudad se hallaba casi cambiada en un yermo, y de sus habitantes pudo con toda verdad decirse que eran pocos y estaban mal avenidos, *pauci homines existunt ibidem, inter se continuo desidentes*. Pidió, pues, el Obispo al Romano Pontífice que se dignara mirar con ojos de misericordia al pueblo de Lugo y usar con sus vecinos de indulgencia; pero Juan XXII, receloso de que no fueran exactas las noticias, y deseando ir con pies de plomo en asunto de tanta monta, comisionó al metropolitano, de cuya circunspección decía hallarse plenamente seguro, para que, si con humildad se imploraba el perdón, lo otorgase amplio á los moradores de la ciudad y á todos sus cómplices y auxiliares, con tal que hicieran público el propósito de la enmienda y jurasen obedecer con prontitud á la Iglesia romana en semejantes casos; pero previniéndole que, al levantar el entredicho, absolver de las censuras y admitir á los fieles al goce de sus derechos como ciudadanos de la república eclesiástica, impusiera penitencias saludables en proporción á la culpa de cada uno y con arreglo á derecho, y con la cláusula de que si, después de esta relajación de vínculos espirituales, remisión de penas y rehabilitación en los cargos y honores, volvieran á las

andadas los lugueses, incurrirían *ipso facto*, en el mismo momento y sin necesidad de gastar más tinta, en todas las censuras y vendrían sobre ellos todos los castigos que se expresaban en las anteriores bulas.

Esta política de conciliación había sido ya iniciada por D. Rodrigo en la última etapa de su corto pontificado, exponiendo al supremo Jerarca la conversión de los lucenses y su devoción sincera y celebrando con los vecinos en 27 de Abril de 1326 una concordia por la que renunciaba á usar de todo el derecho que el Rey le había concedido sobre los haberes y cuerpos de cada uno, y se ofreció á impetrar del soberano la dispensa del rigor de aquella cláusula contenida en la real sentencia. Si no se hubiese marchado á Tuy, es probable que aquel Obispo hubiese cimentado firmemente sobre bases sólidas la paz y buena armonía entre la mitra y el municipio.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS





LA RECONQUISTA PIRENAICA

HASTA LA MUERTE DE SANCHO III DE NAVARRA

Relaciones entre los Estados de Navarra, Aragón y Cataluña.

Deshechos en las llanuras de la Janda los elementos mal trabados que formaban el imperio visigótico, no costó á los árabes gran trabajo llevar sus armas vencedoras por casi toda la Península Ibérica y enclavar en las torres y almenas de las más importantes ciudades el estandarte de la media luna. Unos dos años les bastaron para hacerse dueños de las más feraces campiñas y las más populosas ciudades, consolidándose de tal modo su dominio que bien pronto se olvidó el de los antiguos señores. Pero mientras se ocupaban afanosos en repartirse las regiones del Mediodía y centro de España, se iban retirando á las del Norte varones esforzados que preferían una vida agreste á sufrir el yugo del invasor, y unidos con los naturales de aquellas montañas, no tardaron en formar pequeños núcleos de resistencia, que concretándose primero á defender el terreno en que habitaban, habían de ir muy pronto ensanchando sus límites, hasta constituir, después de luchas heroicas, potentes Estados que expulsasen del suelo patrio á los sectarios del Corán y se unieran como digno remate de

tantas hazañas para formar bajo un solo cetro la nación española.

Los comienzos de los reinos cristianos de la Península son análogos y todos ellos atraviesan por idénticas vicisitudes; surge primero en Covadonga el noble D. Pelayo, que con ánimo decidido se coloca al frente de los habitantes de aquellos riscos y de los visigodos é hispano-romanos allí refugiados, iniciando la reconquista del suelo patrio; empresa memorable que le valió la satisfacción de dejar á su muerte echados los cimientos de la monarquía asturiana. Comenzando de este modo el movimiento de resistencia al poder musulmán, poco tiempo después de la derrota en Poitiers del emir Abderraman, fué favorecido por los francos en lo que se llamó la *Marca hispánica*, pudiendo constituirse bajo la dependencia de los reyes Carlovingios el condado de Barcelona, formándose también por entonces en las demás vertientes meridionales de los Pirineos otros pequeños Estados cristianos que habían de ir engrandeciéndose á costa de continua guerra con los sarracenos.

Éstos fueron el condado ó reino de Navarra y el condado de Aragón, de cuyos orígenes y vicisitudes hasta la muerte de Sancho III el Mayor y relaciones que entre sí sostuvieron los Estados navarro, aragonés y catalán en este período procuraré dar una idea clara, ajustando los hechos á las leyes de la crítica histórica si bien haré constar las fábulas y leyendas con que aparecen rodeados los comienzos de cada uno de ellos; porque son elementos que de unos en otros han utilizado durante largos años cronistas é historiadores en obras de todos conocidas que fueron escritas sin depurar las fuentes de donde provenían aquellas noticias.

La historia de Navarra está llena de fábulas y consejas (1), que reproducen con cariño los que, dejándose llevar más de su afición á las patrañas, tan esparcidas en nuestras antiguas historias, convirtiéndolas en libros de caballerías, se entretienen en consignar hazañas increíbles, relatos maravillosos, hechos, en fin, que la crítica histórica, tan imparcial como severa, ha tenido que relegar al olvido; pues es preferible hacer constar con

(1) Véase el P. Mariana, *Historia de España*, lib. VIII, cap. I.

franqueza que de este ó el otro pueblo no hay noticias fidedignas sobre sus orígenes, ó reconocer que se han escapado á nuestra observación, que con cándidez insigne repetiren una y otra obra sucesos absurdos que no tienen cabida en la historia por carecer de pruebas en que apoyarlos ó de documentos fehacientes que los justifiquen.

En la *Historia de España* que escribió en inglés el doctor Dunhan (1) en el tomo II, capítulo X, trata de los orígenes de los reinos de Navarra y Aragón, y dice que durante largo tiempo los escritores se han empleado en averiguar si durante gran parte de los siglos VIII y IX estuvieron las tierras de Navarra en estado de independencia ó de tributarias, y si siendo dependientes obedecieron á los francos, ó á los árabes, ó á todos ellos sucesivamente.

Los naturales de aquel país, en su empeño de que date su independencia del tiempo más inmemorial, dejándose llevar de la creencia de que cuanto más antiguo es el origen de un pueblo mayor es su importancia en la historia, no hallan inconveniente en proclamar que la fundación de su reino es coetánea con la del asturiano; á su vez los castellanos afirman que hasta la segunda mitad del siglo IX aquella región, con pequeñas interrupciones, estuvo sujeta á los sucesores del intrépido D. Pelayo, y los francos y los que á ellos se atienen se esfuerzan en probar que hasta pasado un siglo muy cumplido después del reinado de Carlo Magno, tanto Navarra como Cataluña reconocían por señores á los soberanos de la familia Carlovingia.

Conforme á la primera de estas tres hipótesis, el primer Rey de Navarra fué Garci Jiménez, contemporáneo del primer monarca asturiano, y cuentan de un modo singular la ocasión con que fué elegido: parece ser que en una cueva del monte Uruel, cerca de Jaca, había vivido un santo varón llamado Juan, dedicado á la penitencia y cuidado de una pequeña ermita que él mismo había construído en honor de San Juan Bautista, su patrón; era el buen ermitaño muy venerado en

(1) Traducida al castellano por Alcalá Galiano, Madrid, 1844, en 4.º, tomo II, cap. X, págs. 58 á 62.

toda la comarca por sus virtudes, y á sus exequias acudieron muchos habitantes de aquellas cercanías, entre ellos doscientas personas de nota (1), que, conmovidos al recordar la vida ejemplar del referido Juan, juraron unirse para pelear hasta morir en defensa de la religión y la patria contra los infieles (2), y para que los dirigiera escogieron á Garcí Jiménez, uno de los más valientes y poderosos entre los principales de aquellas tierras, cuyos dominios fácilmente se comprende que fueron en un principio muy reducidos; según los abogados de esta hipótesis (sigue diciendo el Dr. Dunhan), sucedieron á García varios soberanos, con los acostumbrados altercados de victorias y derrotas hasta 1905, en que empiezan á disiparse las tinieblas en la historia del reino de Navarra. Esta tradición se encuentra consignada en autores de diversos tiempos y condiciones, entre los que se cuentan: Joannes Vasæus, *Hispaniæ Chronicon*, págs. 617 á 706; Alfonsus á Carthagenæ, *Anacephalæosis*, capítulo LXIX; Sr. Marineus Siculus, *e Rebus Hispaniæ* (apud Sckottum), *Hispan-Histor. Historial*, tomo III, libro II; Morales, *Crónica general*, tomo IV; Mariana, *Historia genealógica*, tomo I, libro VIII; Favyn, *Historiæ de Navarra*, libro I, capítulo II; Moret, *Anales del Reino de Navarra*, tomo I, libro IV; Herunllg Preface du traducteur, tomo III de Ferreras, Sandoval, el padre, D. Orleans, Dávalos, Blancas y muchos más que de tal manera han confundido los nombres de los sucesores de García, que es imposible dar con el camino en el laberinto que han formado. Pero los hechos y aun la existencia de tales reyes descansan en una historia M. S. de San Juan de la Peña, la regla de San Salvador de Leyren y unos cuantos privilegios, epitafios y diplomas que la crítica histórica ha probado son invención de crédulos frailes de aquellos monasterios (3).

(1) En el número de los sujetos de valía que allí se reunieron no están conformes los autores, pues mientras unos dicen fueron 200, otros los elevan á 600, y algunos los fijan en 300.

(2) Dionisio S. de Aldama y Manuel García González, en su *Historia general de España*, tomo II (Madrid, 1860, en 4.º), pág. 103, atribuyen á este hecho el origen del Reino de Navarra.

(3) El Sr. Menéndez Valdés, en un trabajo titulado *Concepto político social que informa el origen de la monarquía navarro-aragonesa*, publicado

La prueba negativa es que, si hubiese tenido Navarra como monarquía la antigüedad que tales documentos la atribuyen, hay razón para esperar que las crónicas antiguas la hubieran mencionado, citando, aunque sólo fuera incidentalmente, su existencia, y casi todo esto, el continuador de Juan Biclarense, que escribió en 724; Isidoro Pacense, que concluyó su obra en 753; el monje de Silos y Sebastián de Salamanca, que escribieron pasada la mitad del siglo IX, ni siquiera mencionan el reino de Navarra. Por el contrario, de un pasaje de Sebastián en donde cuenta una expedición hecha por Alfonso III para castigar á los alaveses que se habían rebelado, debe colegirse, no sólo que no estaba establecida aún en aquellos tiempos una monarquía, sino que todas, ó cuando menos una parte, estaba sujeta á los Reyes de Asturias (1).

De lo expuesto resulta que no son dignas de crédito las autoridades que se dan por anteriores al monje Vigila, el cual hizo algunas adiciones á la crónica de Albelda, siendo el primer escritor de quien se saca alguna ligera noticia tocante á

en la *Revista de España* (tomo LXXXII, págs. 510 á 524), después de afirmar que D. Rodrigo Ximénez de Rada, en su obra *Rerum in Hispania Gestarum*, trazó la cronología del reino navarro-aragonés, añade que los cantares de Gesta de un lado, las pasiones populares de otro, acompañadas de tradiciones más ó menos respetables, saltando por la cronología sentada, vinieron en el siglo XIV á informar la crónica de San Juan de la Peña, hija de la pasión y el amor local, los mismos móviles vinieron á informar en igual sentido la genealogía del libro de la regla de San Salvador de Leyre; estas nuevas genealogías no satisfacían el amor propio de Aragón, así como tampoco la Crónica de San Juan de la Peña satisfacía el de Navarra. El Pinatense, en su Crónica, no halló reparo en romper la cronología del Arzobispo historiador, para colocar cien años antes sobre el trono de Pamplona á García Jiménez, haciéndole reinar en 758 en vez del 858 en que le colocaba el célebre Ximénez de Rada; á su vez también los cronistas de Bernardo de Bondes, el caballero mosén Pedro Tomich, mosén Juan Antich de Bagagis y otros hallaron fácil trasladar de la Crónica Pinatense y de la ciudad de Pamplona á Sobrarle, á los Reyes García Jiménez, García Iñiguez y Fortún Garcés; novedad por novedad una y otra, vinieron á ser el rompe-cabezas de los críticos historiadores, hasta que se descorrió el velo de tanta fábula, retrocediendo á la cronología del Arzobispo como la única fuente viva de aquellos tiempos.

(1) El Dr. Dunhan cita entre los que siguen esta opinión: Yepes, *Crónica general de la Orden de San Benito*, tomo III; *Diccionario geográfico-histórico de España*, por la Real Academia de la Historia, sec. I, tomo II, artículo *Navarra*; Masdeu, *Historia crítica de España*, tomo XV, illus VII. Additio ad Joannan Bidarensem, (apud Flórez, *España Sagrada*, tomo VI, página 422, etc.); Isidorus Pacensis (apud undem VIII, pág. 282, etc.); Monachus Albendensis, necnon, Sebastianus Salamanticenses (apud undem XIII, página 438, etc.); Garibay, Morales, Mariana, Favyn y Moret.

haber Reyes en Navarra, noticias que da de un modo poco satisfactorio, pues sólo dice «era 943 surrexit in Pamplona Rex nomine Santio Garçeanis»; de aquí no se saca si Sancho fué el primer Rey ó no; pero en otro pasaje, interpolado acaso por el mismo autor, dice que «Sancio Rex filius Regis Garseanis regnavit annos XX» (1).

Admitiendo que García el padre tuvo la dignidad real, fuerza es suponer, añade el Dr. Dunhan, que fué el primer Rey de Navarra.

En los autores contemporáneos al siglo IX nada hay que dé el más leve fundamento para suponer que hubiese Reyes de Navarra y Aragón antes de los últimos años del mismo siglo. Los que siguen al Arzobispo D. Rodrigo pueden con facilidad descubrir seis ú ocho Reyes sucesivos anteriores á García. Pero estos Reyes son con razón desechados por fabulosos por los mejores historiadores de España, como Zurita, Oihenart, el Marqués de Mondéjar, Ferreras (I), Masdeu y otros. No hay, pues, fundamento para dar á Navarra como reino independiente la antigüedad que pretenden algunos cronistas é historiadores.

Pasaremos á examinar, siguiendo al Dr. Dunhan, si Navarra dependía primero de los asturianos ó de los francos.

Los cronistas que vivieron en tiempos cercanos al siglo IX, como el Albendense y Sampiro, sólo tratan de esta cuestión de un modo incidental; pero de lo que dicen parece deducirse que reinando Alfonso II, ó á lo menos siendo Rey Alfonso III, dependía Navarra de Asturias. Parece ser que los naturales de Navarra y Cataluña, temerosos de ser dominados por los árabes, llamaron en su ayuda á Carlo Magno, el cual acudió, y en el año 778 inundó con sus legiones la Navarra y se apoderó de Pamplona, considerando desde entonces aquellas comarcas como feudo de su corona; esto vino á motivar discordias por parte de los monarcas asturianos que disputaban á los Reyes francos el pleito homenaje de los que allí gobernaban.

(1) *Cronicón albendense*, págs. 450 y 463 (apud Flórez, *España Sagrada*, tomo XIII).

Hay razones para suponer que la supremacía estuvo en general en los Reyes francos de la estirpe Carlovingia (1).

En 806 ocurrió allí una rebelión, traída, ó por artes del Rey Casto, ó por deseo de los naturales que querían ser independientes. Un grueso ejército que pasó el Pirineo mandado por Pipino logró someterles, y para evitar un ulterior levantamiento, repartió sus tierras en gobiernos nuevos. Así siguieron las cosas hasta que Alfonso III, procurando asegurar su amistad con Navarra y Francia, se casó con Jimena, princesa parienta de Sancho Íñigo, Conde de Bigorre, y también del monarca francés, y consintiendo que de allí en adelante tuviese el mismo Conde la provincia como inamovible. Este Sancho Íñigo era vasallo de Francia por su señorío de Bigorre y tenía dominios en Navarra. Éste era el estado de cosas, y puede asegurarse que, tanto los navarros como su gobernador, ansiaban hacerse independientes y no tardaron en conseguirlo, porque el hijo de Sancho Íñigo fué García que, según la crítica, puede ser considerado como primer monarca independiente de Navarra, según las razones que expone el Dr. Dunhan en su *Historia de España* al tratar del origen del reino de Navarra (2).

Masdeu dice en su *Historia de España y de la cultura española* (3) que empezó á desmembrarse el reino de nuestros monarcas en tiempo de Alfonso III que, aunque ganó, por una parte, lo mucho que quitó á los moros, perdió, por otra, el reino de Navarra, cediéndolo en el año de 873 á Sancho Íñigo Arista, Conde de Bigorra, pariente de la Casa Real de Francia; porque aunque éste no lo obtuvo sino en título de feudo pendiente de la corona de España, su hijo D. García, en 885, se

(1) Ferreras, en su *Sinopsis histórica cronológica de España*, cuarta parte, pág. 202, afirma que Ludovico sujetó á los navarros y dividió sus tierras en condados y fué señor de Aragón, etc.

Cavanillas, en su *Historia de España*, tomo I, cap. V, pág. 222, dice que antes de su independendencia, Navarra, Aragón y Gataluña eran regidos por condes ó gobernadores dependientes de los Carlovingios de Francia y que su historia en aquellos tiempos se halla íntimamente ligada con la del país vecino.

(2) Véase tomo II, cap. X, págs. 58 á 62.

(3) Véase el tomo 13, lib. II, pág. 2, pár. III.

levantó con el título de Rey y con él se quedaron sus sucesores».

El P. Duquesne (1) que, con tan poca firmeza como ausencia de criterio, escribió á mediados del siglo pasado en la nación vecina de las cosas de España, afirma, sin pruebas que lo justifiquen, que reinando en Asturias Alfonso el Casto (831 de J. C.) tuvo principio el reino de Navarra y añade que «perteneía antes á la Francia; pero como ésta se hallaba tan embarazada de las guerras civiles y extranjeras en tiempo del Emperador Ludovico, no estaba en paraje de defender á Navarra de las invasiones de los moros. Ofreció el Emperador esta corona á Íñigo Arista, señor francés, que poseía en Gascuña el condado de Bigorre, vecino á Navarra y Aragón.

«Aceptó la corona y acreditó que era muy digna de ella su cabeza, porque hizo grandes conquistas en los infieles y agregó á su corona, como feudatario, el condado de Aragón, comprendido entonces en el país que baña el río de este nombre.» Tan evidente es la parcialidad de esta noticia que no me detendré en demostrarla.

D. Antonio Cavanillas, en su *Historia de España* (tomo I, capítulo V, pág. 421) (2), después de tratar de los sucesos que se inventaron muchos siglos después para explicar los orígenes del reino navarro, dice que los enunciaron autores no seguros, que los copiaron candorosamente los posteriores y los rechaza la severa crítica, asegurando que «el primer Rey que vemos con claridad es D. Sancho Íñigo Arista, Conde de Bigorre, que floreció á fines del siglo IX, y tras él su hijo García Sánchez ó Íñiguez, que empezó á reinar en 905. El Conde de Aznar se declaró independiente de Francia, constituyendo un pequeño reino en Aragón muy entrado el siglo IX».

En vista de las diversas opiniones ya citadas, se comprende fácilmente que no hay una base segura para sentar los comienzos de la genealogía real de Navarra; podría acumular

(1) *Historia de España*, escrita en francés por R. P. Duchesne, traducida al castellano por el P. Isla.—Madrid, impr. de las Escuelas Pías, 1852.

(2) Impresa en Madrid por Alegría, año 1860, en 4.º m.

aquí el parecer de otros autores que tratan de esta intrincada cuestión, pero todos ellos parten sólo de hipótesis más ó menos verídicas, y en resumen pueden reducirse sus afirmaciones á cualquiera de las ya enunciadas.

Puede desde luego sostenerse que no era tan apremiante para navarros y aragoneses la necesidad de la defensa como lo era para los asturianos; pues de los trescientos caballeros que se supone acudieron al entierro del monje Juan, aunque acosados, ora por los francos, ora por los árabes, que querían hacerlos sus vasallos, puede decirse que no carecían de una patria y un Rey puesto que patria y Rey tenían: Asturias y don Fruela primero, D. Silo y D. Aurelio después, y por último D. Alfonso II el Casto; y es lo cierto que el pacto de San Juan de la Peña, si le hubo, más que para buscar el medio de defender el país contra los invasores, fué un acto de insubordinación, cuando no de rebeldía, á la monarquía asturiana, natural y disculpable por el carácter de aquellos tiempos; y para este fin, y como uno de los medios de unidad y de acción, fué aclamado, más que por Rey por jefe, según unos Íñigo Arista y según otros García Jiménez, que suponen dió el señorío de Aragón al Conde Aznar, padre de Galindo, quien le sucedió en el condado de aquella tierra (1).

Parece ser que al escoger un caudillo que los guiara en la pelea, aquellos montañeses de Aragón y Navarra, *que cada uno valía tanto como él y juntos más que él*, lo eligieron á condición de que había de mantenerlos sus derechos y mejorar sus fueros; partir la tierra y distribuir bienes y honores entre los naturales del país, y no terminar negocio alguno grave sin acuerdo de doce ricos-homes ó doce de los más ancianos y sabios de la tierra. Tal es el contenido del llamado fuero de Sobrarbe, cuya existencia niega hoy la crítica histórica. El Padre Moret afirma que no pudo ser redactado sino hacia fines del siglo XI, en tiempos del Rey Sancho Ramírez.

Fácilmente se comprende que no es posible suponer que el

(1) Véase Menéndez Valdés, *Concepto político social que informa el origen de la monarquía navarra aragonesa*.—*Revista de España*, tomo 82, páginas 510 á 524.

tan famoso fuero de Sobrarbe apareciera como ley escrita en los primeros momentos de la existencia de la monarquía navarra, cuna de la aragonesa, porque para admitirlo hay que suponer que aquellos montañeses tenían un grado de ilustración que seguramente no era común en aquellos tiempos. Pero no cuesta gran trabajo creer lógicamente que los habitantes de aquel territorio, malavenidos con la dominación de los francos, que no admitían de buen grado la del reino asturiano y que no estaban dispuestos á consentir el señorío de los musulmanes, al pensar en el nombramiento de un caudillo, discurren el modo de hacerlo en condiciones que asegurasen su libertad é independencia. Por otra parte, ese juramento ó pacto entre el monarca y los nobles existió, porque en él se fundan el fuero general de Navarra y los particulares de Jaca y Tudela, en vista de lo cual puede afirmarse que el celebrado fuero de Sobrarbe no debió existir como derecho escrito, pues para que éste se manifieste son precisas condiciones que estaba muy lejos de reunir el Estado navarro, pero que apareció en forma consuetudinaria desde los primeros momentos de la vida de aquel nuevo reino.

GABRIEL M.^a VERGARA Y MARTÍN.

(Concluirá.)





UNA CARTA

ÍNDICE GENERAL DE LOS CIEN VOLÚMENES PUBLICADOS POR LA «REVISTA CONTEMPORÁNEA», CLASIFICADO Y ORDENADO POR D. FRANCISCO CÁCERES PLA.

Sr. D. Francisco de P. Cáceres Pla.

Mi excelente compañero y amigo dilectísimo: En verdad me sorprende y maravilla, como al soldado anónimo que Cervantes inmortalizara en memorable soneto, la abnegación que supone el pacienzudo trabajo que con benevolencia suma somete usted á mi examen. Y digo que me pasma su obra porque es ciertamente digno de loa y de sempiterna remembranza el que, sintiéndose usted con sobrados alientos para llevar á término feliz atrevidas empresas, en el orden literario, dedique, y aun casi me atrevería á decir malgaste su tiempo, en la mecánica y deslucida labor de ofrecernos el *Índice de la REVISTA CONTEMPORÁNEA*. Temiéndome estoy (que cuando con persona tan experta como usted se contiene todo recelo está justificado), temiéndome estoy, repito, me arguya recordando la máxima prudentísima de que no debe tirar piedras al tejado del vecino quien tiene el suyo de cristal harto frágil; mas en buena razón y justicia usted repare, mi bondadoso

contradictor, que ni yo me considero con aptitud bastante para ilustrar la historia de mi patria con datos ignotos, decorándolos con las observaciones de peregrino ingenio, ni mi *vesania* bibliográfica me lleva á consumir horas y horas en aderezar la tabla general de materias de modernísima revista. Francamente, mucho amo, amigo Cáceres, los estudios de *re bibliographica*; constituyen el ambiente que refrigera mi vida atareada hasta el exceso en los más prosaicos quehaceres. Me deleito en seguir á distancia respetuosa, como tosco y desmedrado escudero, á esta esquiva Dulcinea, cuyos austeros desdenes é ingraticudes á tantos ahuyenta; pero en el amor hay siempre algo de trascendental egoísmo, un objetivo más ó menos realizable, una aspiración, un deseo por cuyo logro se suspira y se trabaja. El ingenioso hidalgo manchego, dando al traste con su grave seriedad para lucir las flexibles agilidades de sus músculos acartonados, ó haciendo, en paños menores, regocijadas piruetas en la soledad apacible de agreste serranía, proponíase, con retozos tan impropios de la estrecha ley á que viviera sujeto, que el buen Sancho probase á la lindísima aechadora de imaginarias perlas y no menos fantásticos aljófares cuán sorbido el seso tenía al más galante y esforzado de los caballeros. Pero usted, cuitado sin ventura, que goza con tranquilidad y envidiable calma los favores de la codiciada beldad, ¿á qué diablos tan estéril sacrificio? ¿No teme se le exija estrecha cuenta al autor de *Juan de Toledo* y de *El V. Pedro Soler* de los días pródigamente invertidos en la confección del *Índice* que me ocupa?

Con ello, se lo digo con la franqueza á que la amistad me autoriza, no conquista usted ningún lauro, no adquiere título alguno que le sirva para maldita de Dios la cosa, y lejos de conseguir la más ligera sonrisa de la dama de nuestros ensueños, obtendrá sus merecidos reproches por no haberle proporcionado las útiles sabrosas recreaciones que de usted tenía derecho á esperar. ¡Que ha prestado un servicio indiscutible á los curiosos investigadores! ¡Que la necesidad del índice era por todos sentida! ¡Que la *Revista de España*, el *Boletín de la Sociedad Geográfica* y otros muchos cuya duración ha traspasado los breves límites que en España constriñen

aprisionan este linaje de publicaciones, dieron ya el ejemplo! Santo y bueno. Créame, pues con sinceridad le hablo: la utilidad de su trabajo es indiscutible, por más que la incurable crisis pecuniaria que de abolengo padecemos los autores, sugiriéndonos la idea de aprovechar los moldes de las revistas para hacer aparte tiradas de nuestros escritos, haya venido á quitar interés á las colecciones de periódicos; pero de trazar el plan del índice, de señalar el orden de materias en que los artículos debieron agruparse, á escribir por sí mismo, con letra primorosa que Torío é Iturzaeta envidiaran, todas las pa- peletas y luego los centenares de cuartillas de este monótono trabajo, hay una distancia inmensa. Y como para ello ha necesitado, sin duda, largas vigili- as, que ha robado al segundo tomo de *Pérez de Hita*, por ejemplo, de ahí mi anatema por su resolución, no obstante mi chifladura bibliográfica.

Le agradezco, sin embargo, esta ocasión que me proporciona para tributar, en cambio, sentidos elogios al propietario de la REVISTA, Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, al polígrafo redactor jefe, D. Rafael Álvarez Sereix, mi querido amigo, alma y vida de esta publicación, y al inteligente y celoso administrador, D. Patricio Pueyo; porque verdaderos milagros de perseverancia y desinterés supone el sostenimiento de la REVISTA CONTEMPORÁNEA en las críticas circunstancias actuales.

¡Quién diría que nuestra lengua incomparable ocupa uno de los primeros puestos entre las que se hablan en el mundo, al observar el aislamiento en que raquíticamente se desarrollan y con premura se extinguen las publicaciones que con generoso empeño tratan de reflejar la cultura de la privilegiada raza española, por todo el orbe difundida! Las revistas inglesas, francesas y alemanas cuentan por millares los lectores; están mejor presentadas, ¿quién, por desgracia, lo duda? Pero ¿cómo han logrado tan lisonjero triunfo? ¿Acaso por su solo esfuerzo? Si las españolas contaran con tan decidido y eficaz apoyo, nada tendrían que envidiar á las extranjeras; mas nuestro público, compuesto de tantos millones de personas, todo lo exige de nosotros y todo lo da á los extraños. Nuestra gente, que debe á Dios suma incalculable de privilegios, tiene

la monomanía de la inferioridad: experimenta un placer intenso en humillarse para conseguir que los demás se eleven. Somos tan desprendidamente generosos, que sentimos con espasmo de sibaritas el goce de la admiración y no sabemos concebir el deleite de ser admirados.

En estos últimos años un paisano mío, Salvador López Guijarro, logró presentar en su *Revista Hispano Americana* brillante galería de firmas de primer orden; el infatigable Pando y Valle ofreció en *Los Dos Mundos* ancho campo á las relaciones intelectuales de la madre patria con las jóvenes repúblicas americanas, procurando fortalecer vínculos de acendrado cariño á todos conveniente; Miguel García Romero, el castizo literato, consiguió engarzar en las páginas de su *Revista de Madrid* las más ricas preseas del habla y de la literatura castellana; Orti y Lara recolectó en *La Ciencia Cristiana* los más sazonados frutos del saber ortodoxo; en Valencia, en Barcelona, en Málaga, en Santander, en la Coruña, en Cádiz, en Sevilla y en otros puntos, entusiásticos y beneméritos escritores añadieron á nuestro catálogo periodístico nombres de perdurable recuerdo. ¿Y qué obtuvieron tras obstinada lucha en que sus intereses fueron con hidalgo desprendimiento sacrificados? Pérdida de la salud, del reposo y de la fortuna; desengaños y disgustos crueles, y á la postre una derrota honrosísima por la quema del último cartucho, no porque la voluntad, siempre gigante, desfalleciera. Juzgue ahora, mi buen amigo, lo que significa el sostenimiento de la REVISTA CONTEMPORÁNEA por espacio ya de veintiún años.

Pasaron los instantes en que los ardores de Perojo dieron ocasión á nuestro incomparable Menéndez y Pelayo para vindicar en la *Revista Europea* la ciencia española, escribiendo una de las más brillantes y eruditas apologías que han salido de tan docta pluma; apenas si de vez en cuando Fastenrath, Thebussem, Morel-Fatio, Echeagaray, Valera, Núñez de Arce, Sánchez Moguel, Rodríguez Villa, Campoamor honran con sus lucubraciones los números de la CONTEMPORÁNEA, y, sin embargo, Cárdenas y Álvarez Sereix se han dado tan hábiles trazas para mantener el interés de la publicación, procurándose notables colaboradores, que la lectura de la REVISTA se ha he-

cho indispensable á todos cuantos pretenden seguir de cerca el movimiento científico y literario de la España contemporánea.

Un defecto á su trabajo, querido Cáceres. No hablo del sistema adoptado en la clasificación de materias, pues en esto es imposible ponerse de acuerdo y no caer en frecuentes errores, y ni aun mi experto y doctísimo amigo D. José María Vigil, en los concienzudos *Catálogos de la Biblioteca Nacional de Méjico*, de la que es dignísimo jefe, ha logrado salvar todos los escollos; me refiero al descuido indisculpable de no haber declarado todos los pseudónimos que registra. Algunos descubrió Maxiriath (el erudito historiador y bibliógrafo de la prensa madrileña), y muchos revelará mi buen amigo D. José María Nogués en su obra meritísima, premiada por la Biblioteca Nacional, y que aguardan con impaciencia los amantes de las glorias patrias; pero usted no tiene perdón quedándose tan beatíficamente tranquilo en la confianza de que todos estamos en el secreto de los usados en la CONTEMPORÁNEA.

Y basta. Cuán sagrados sean para mí los requerimientos de la amistad sincera pruébaselo el que con doce horas de labor diaria, temblando el pulso, la cabeza como *grillera* y los párpados indisciplinados contra la guardia á que les sujeto, cuando reclaman imperiosamente el descanso, todavía, por un supremo esfuerzo de la voluntad, contesto con los ininteligibles renglones que le envío á la cariñosa invitación que me dirige.

Le perdona de todo corazón la mala partida que le juega obligándome á decir estas cuatro frases sin sustancia su afectísimo amigo

JUAN P. CRIADO Y DOMÍNGUEZ.





ESTUDIO BIO-BIBLIOGRAFICO (1)

DESTINADO Á PREPARAR UNA EDICIÓN COMPLETA DE LAS
OBRAS DEL INSIGNE MAESTRO ABULENSE TOMÁS LUIS
DE VICTORIA

Pertenece al mismo año la siguiente:

1600.

«Hymni totius anni iuxta ritum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ.
»A Ludovico de Victoria Abulensi, et in Artem Musices
»celeberrimo: Nuper in lucem editi. Venetiis, Apud Jaco-
»bum Vincentium, 1600. (Cuatro opúsculos ó cuadernos
»en 4.º con las correspondientes partes de Cantus, Altus,
»Tenor et Bassus.)»

Dedicatoria (*en latin*), suscripta por el impresor: «Al no-
ble varón, muy erudito en música, D. Antonio Gorreto (sic)
de Ferrara (*Ferrariensi*). Habiendo resuelto dar á luz nue-
vamente (2) los Himnos..... de Luis Victoria, varón muy
erudito en este ramo, fuí advertido acertadamente por el
Rever. D. Juan Mario Aretusio..... que no los dedicase á
nadie más sino á tí, varón, ciertamente muy perito en esta
ciencia, que brillas como el sol entre los músicos, etc.»

(1) Véase la pág. 526 de este tomo.

(2) Recuérdese que la primera edición de Himnos de todo el año es del 1581.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE NEODARCEPLON

En el *Catálogo del Liceo Musical de Bolonia* (vol. I, página 15), se cita como muy importante la colección de música é instrumentos de Antonio Goretti, ferrarés, de la cual habla, entre otros, el boloñés Alejandro Piccinini en su *Intavolatura di Liuto et di Chitarrone* (Bolonia, Moscatelli, 1623). En cuanto al Rev. D. Juan Aretusio, consérvase en el referido Liceo musical un ejemplar de las *Lettere armoniche del R. P. D. Adriano Banchieri* (Bolonia, Mascheroni, 1628), entre las cuales hay una dirigida al referido «P. D. Gio. María Aretusio, Canonico di S. Salvatore, Crovara».

¿Hay edición del año 1602?

Fetis afirma que «une troisième (reedición de la colección de Dillingen) a été publiée á Francfort-sur-le Mein, en 1602, en 4.º, dato copiado de la *Biblioteca Hisp. Nova* de Nicolás Antonio, cuyo autor señala la tal edición en estos términos:

«Tomas Ludovicus de Victoria, *si noster est* (?), edidit in re musica: *Sacras Cantiones de præcipuis anni festis quatuor, quinque, sex, octo, duodecim vocum*. Francof. apud Sternium, 1602.» (Vid., tomo II, pág. 248.)

Causa verdadera extrañeza que el sabio polígrafo, tan bien enterado ordinariamente, escriba: *si noster est*.

La edición del año 1603 es, al parecer, una reimpresión de las colecciones de 1583 y 1589 respectivamente. No la conozco. Dice Haberl que en el archivo de la ciudad de Augsburgo se conservan los ocho cuadernos en 4.º que la componen. Contiene 53 composiciones: *dieciseis* á cuatro voces; *doce*, á cinco; *trece*, á seis; *once*, á ocho, y *una*, á doce voces. El impresor Angelo Gardano dice, después del título: *Noviter recognita et impressa*.

XV

En este punto de mi enumeración bibliográfica se halla el celebradísimo y sin par *Officium Defunctorum*, cuyo señalamiento aplazo para continuar mi relato histórico-crítico, haciéndome cargo de la segunda pregunta formulada por Haberl, á que antes me he referido. Dice así:

«¿Dimitió voluntariamente Victoria, como riguroso adepto de Pierluigi y de la antigua escuela romana, el puesto de vicemaestro de Capilla, y se retiró á la vida privada, cuando los otros miembros de la Capilla de palacio, y particularmente Clavijo, ya se inclinaban á una nueva moderna dirección?»

Esta pregunta comprende varios extremos que separaré convenientemente para mayor claridad: 1.º, Victoria adepto de Pierluigi y de la antigua escuela romana; 2.º, Victoria dimite el cargo de vicemaestro y se retira á la vida privada, y 3.º, la nueva moderna dirección, significada particularmente por Clavijo y los demás miembros de la Capilla de Palacio.

Sobre el primer extremo entiendo por adepto, en la acepción usada por Haberl, el que está iniciado en los secretos de alguna secta ó asociación, y también el que profesa los mismos principios de una persona determinada, etc.

La personalidad artística del insigne maestro abulense, adquiere singular y encumbrada significación, considerado como contemporáneo de Palestrina y comparado con el fundador de la escuela romana. Por esta razón tomé acta, no há mucho, del momento en que ambos en igual lapso de tiempo se hallan al frente de las dos capillas de música romanas más famosas. La gran figura de Victoria admite la comparación que resulta de esa contemporaneidad, y no sólo la admite, sino que la reclaman de consuno la historia del arte, la crítica y el honor de la patria.

Esta confrontación exigirá, quizá, largo comentario, y por ello pido mil excusas al lector. Realízase allá en aquella lejana época lo que me atreveré á llamar un *summum* histórico: los que estamos al cabo de la cuestión comprendemos perfectamente que pudieran coexistir sin confundirse, lo mismo las escuelas romana y española en su campo de acción general que la neerlandesa y la española en su campo de acción parcial dentro del período de intervención de la neerlandesa en nuestra patria. Los que estamos al cabo de la cuestión, digo, porque es difícil hacer entrar la convicción, ni por sentimiento, ni por análisis frío en el

ánimo de los que no pueden comprender que los distintivos de raza han dejado algo en cada escuela para que unas y otras, y aquéllas notoriamente, hayan podido afirmar su individualidad.

Diríase que el mismo contrapunto de los neerlandeses al pisar las tierras de España dejara sus angulosidades de forma y sus severidades de fondo allá en las orillas del Escalda. Llegan los que trajo Felipe el Hermoso, y lo mismo éstos que los que permanecen aquí hasta muy andados los tiempos de Felipe II, moderan sus rigores de escuela al influjo del sol del Mediodía, y le sucede al contrapunto lo que á la ojiva, que al contacto de nuestro suelo se modifica, se afiligrana, se evapora, esculpe sus taraceados sobre nimbos de luz y levanta en Toledo y en León y en Burgos aquellas ideales, inmensas cristalizaciones de piedra, que se han llamado la *música del espacio*. No sé quién ha dicho que hasta los mismos santos sonrían en nuestro suelo. El misticismo de las desolaciones bíblicas transfórmase bajo el azul cielo de España en el misticismo de las esperanzas: el terrible *Dies iræ* en la *Llama de amor viva*: la *Imitación de Cristo* y el *De profundis* en el *Castillo interior* ó las *Moradas*. A la manera de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz en el misticismo, Victoria y nuestros grandes maestros son músicos-poetas en sus concientos místicos y saben hallar en la exaltación de su alma el acento de aquella música única que, habiendo hallado su expresión justa y su sublime belleza en la interpretación de la divina palabra, permanece inmutable, como aquellas bellezas primitivas, inspiradoras de todos las bellezas posteriores.

Victoria, han dicho propios y extraños, se aproxima más al estilo moderno; es más correcto y más fluido que Palestrina, porque evita con finezas de arte superior las falsas relaciones y choques harmónicos que éste no creía necesario evitar. Palestrina, en medio de su misticismo, salvo en los *Improperios* y en otras inspiradísimas composiciones escritas en el estilo de esta obra, no hace olvidar jamás al *madrigalista*, y los bien avisados ya saben lo que quiero decir con esto. Mas estas razones técnicas de puro régimen

didáctico no tienen gran valor para el caso. Hay otras razones de diferencias características que importa consignar. Examinando con atención y sin preocupaciones de escuela las composiciones de Victoria, nada ofrecen al primer aspecto que no pueda confundirse con las obras creadas en igual época y nacidas de no importa qué escuela. Es la misma música de Palestrina, sí, no cabe dudarlo. Las modulaciones, el fraseo musical, el empleo de las disonancias, algo más acentuadas en Victoria, las fórmulas finales, el diálogo de las voces, todos estos elementos se emplean como en las obras de Pierluigi. Hay en ellas, además, la misma dulzura, la misma amplitud y expansión harmónica. Penetrando más íntimamente, sin embargo, en el sentido del pensamiento musical, entrando por entero en las ideas é intenciones del compositor, en los *atrevidos intentos*, como él los llama, de su concepción, no dejándose dominar ni influir por las semejanzas de formas y, especialmente, por las disposiciones vocales propias de este estilo, se observa con alegría que hay aquí algo nuevo, algo que el arte no había podido producir, todavía, una expresión más fuertemente acentuada como hija de no se adivina qué desasosiego interior, algo más dramático y más sentido, algo así como una aspiración á producir efecto por la virtud del texto elegido, algo que parece una tentativa hacia la música pura (1), algo, en fin, que se revela precisamente en aquel punto y hora. Siéntese que no está lejos el drama lírico. No parece sino que los esfuerzos tentados en Florencia para resucitar la tragedia antigua y aplicarla á la creación de una *música nova* y más expresiva, ha despertado en Victoria un sentimiento más profundo del arte. No parece sino que vibra una cuerda, muda hasta entonces, que una mano tímida y

(1) Digo esto porque, como podrá notar el lector, Victoria no busca jamás los temas de sus composiciones en los motivos de una canción profana, como hacían ordinariamente Palestrina y casi todos sus contemporáneos. En Victoria no aparecen los temas de *L'homme armé*, de los *mille regrets* y otras canciones *nonsanctas*, entreverados con melopeas gregorianas. Cuando Victoria desecha el tema gregoriano porque así conviene á la fuerza expresiva de la composición, adopta el que le sugiere el sentido del texto y, hecho digno de notarse, rehuye y evita cuanto puede la imposición de fórmulas.

poco ejercitada ha hecho resonar débilmente. Palestrina no desea conmover como Victoria: la actitud de aquél en la voz de la plegaria litúrgica es sumisa y dolorosa, la de éste sentida y llorada: aquél, fuera de toda preocupación ajena á la misma plegaria, es más compungido, y si se quiere, más tranquilo (1): éste, presa su alma de suaves deliquios, se exalta como nuestro gran místico: oye «aquella música que se escucha en las noches puras» y se llama la *música de los cielos*, porque «con callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que entonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto que compone y sosiega el ánimo». Como Juan de la Cruz, poeta como él, Victoria veía en la parte expresiva de los textos de aquéllos «ojos de adentro y de afuera», y oyendo sonidos como de multitud de concertos que significaban muchos sonidos en uno, estremecíase escuchando los batimientos de alas de aquel sonido, «que era como sonido del altísimo que al caer embiste al alma en llama de amor.»

Al extasiarnos contemplando aquellos artificios de luz de sus composiciones, el oído ve y percibe la sensación de las sombras y las tibias claridades que su alma de músico-poeta viera y percibiera: aparece compacto y solemne cuando quiere proyectar una sombra espesa, y amplificado, lleno de transparencias sonoras cuando estalla en aquellas grandilocuencias vocales en las que se cree ver penetrar un rayo tenue de tamizadas luces que caen de las estrellas. En todas las composiciones de Victoria se halla lo que en lenguaje técnico se llama la nota justa. Sabe encontrarla siempre, y puede asegurarse con orgullo porque ha experimentado la emoción religiosa del texto y la mezcla de ansias, terrores, deliquios y esperanzas que ha de comunicar al alma de sus oyentes. Por esto, las tendencias ex-

(1) El director del Conservatorio de Gante, Mr. Adolfo Samuel, acaba de escribir estos días en una interesante carta dirigida al director de *Le Guide Musical* (Vid. núm. 48, perteneciente al día 29 de Noviembre de 1896): *Palestrina, par endroits si seraphiquement beau, je le trouve, l'avouerai-je... un peu impersonnel, exprimant le sentiment plutôt du prêtre à l'autel, que celui de l'assistance.*

presivas y dramáticas de su música crearían uno de los elementos de la tragedia lírica de los monodistas florentinos (1), y por esto era uno de los contados en su siglo que podía cantar y magnificar el Drama de la Cruz (2); las resonancias del relato de los Evangelistas, los trenos de Jeremías, ese milagro de estética litúrgico-musical, que se llama *Officium Hebdomadæ Sanctæ* dan valor á mi afirmación.

XVI

Pero el doctísimo Haberl olvida en sus comentarios y anotaciones el texto del meritísimo apologista Proske, lo que éste hizo notar con verdadero desapasionamiento. Apelo al juicio de Proske, porque sería sospechosa mi afirmación, aun poseyendo autoridad más alta que la del citado colector, por pocos superada.

A su autoridad me remito, porque en puntos de discusión como el presente, se razona por impulsos de sentimiento y no por sugerencias inspiradas por el análisis técnico, que son muy malas consejeras si, además, han sido preconcebidas. A esto venía á parar precisamente, á consignar como Proske lo que siempre he afirmado y sustentado al tratarse de Victoria: *«que este maestro, además de la nobleza característica del estilo español, poseía por admirable manera el arte de la escuela romana: que de entre todos los principales compositores de la escuela romana á nadie se le reconoce tanta pureza de estilo: que éste era natural y más sólido que en Palestrina, especialmente en lo típico: que poseía originalidad y subjetivos medios de expresión propios: que en el empleo de esos medios*

(1) Expuse hace años esta opinión en una conferencia dedicada á Palestrina y á Victoria, considerándolos como precursores del drama lírico moderno, que pasando por la tragedia lírica de los monodistas florentinos, ha ido á parar en esos reencuentros del Wagner depurado del *Parsifal*. Los distinguidos musicógrafos Hipólito La Valletta y Julián Tiersot han coincidido en mis opiniones, y últimamente Román Rolland en su *Hist. de l'Opera en Europe* (Ernest. Thorin, 1895, pág. 29).

(2) Contenido, naturalmente, lo mismo que Palestrina, dentro de ciertos estados del alma, el dolor, la tristeza, la ternura, las emociones temperadas, como escribe Rolland (*ob. cit.*).

conservó siempre su individualidad, y tanto es así, que de ningún modo puede confundírsele con sus contemporáneos, y aunque sus composiciones difieran unas de otras, son reconocidas con facilidad».

XVII

Mi afirmación y mi convencimiento acerca de lo que distingue á Victoria de Palestrina se apoyan precisamente en esto que Proske llama *lo típico, lo característico, los subjetivos medios de expresión propios*, en una palabra, *en la individualidad* prepotente y soberana de Victoria, inconfundible con ninguna otra, porque en ella se halla lo propio, la tradición constante, el carácter persistente y general de otras manifestaciones artísticas homogéneas, porque en ella las formas nativas, *lo típico, los subjetivos medios* son hijos del genio de la raza y de su temperamento; porque, para decirlo de una vez, si en ella el molde es común, el fondo se ha modificado por el sello particular; si el sistema, la manera son idénticos, la inspiración es peculiar.

«Sin el menor defecto en la pureza de la melodía y armonía (son palabras de Proske), hay en su música un sentimiento tan sublime de piedad que inspira devoción: no hay en ella el más ligero tinte profano, y esto hace que parezca imposibilitado para escribir otra clase de composiciones que las sagradas.» Y termina escribiendo estas nobles palabras: «*El gran sacerdote español se distingue por su ternura, fuerte concepto y vigoroso estilo, serena y majestuosa dignidad que reflejan en él una verdadera estrella del pasado*» (I).

(I) Bainsi, aunque á su manera, hace buena mi afirmación y da fuerza á mis convicciones. No aseguraré yo que fuesen conocidos y discutidos filosóficamente bajo el punto de vista del arte los distintivos de las nacionalidades musicales allá en el siglo XVI, que precisamente asomaban en aquella época, aunque se discutían en otro sentido, y producían hondas disensiones entre los cantores de la capilla pontificia, las excelencias y méritos de los compositores, según á la nación que cada grupo de cantores pertenecía, flamencos, italianos, franceses ó españoles. Y digo esto (y vuelvo á sacarlo á colación), porque, según escribe Bainsi con frase impropia de un historiador, ciertas composiciones de Victoria eran criticadas lo mismo por los flamencos que por los

En rápidas pinceladas y firmes toques podría trazarse el retrato artístico de Palestrina y Victoria, haciendo exacto é íntimo análisis de su genialidad respectiva en la música religiosa. En este parangón se vería claramente la distinta fuerza, el diverso calor, la diferente alma de uno y otro. Comprenderíase plenamente el empuje de altísima inspiración de Victoria y el misticismo, ó mejor, el extático delirio lleno de arrobos inefables de Palestrina; y se le alcanzaría perfectamente á quien juzgase con la doble vista del sentimiento, que el primero hubiera sido un Wagner á haber venido en tiempos posteriores y haberse encontrado con el elemento pasional que á la música ha aportado el drama humano; al paso que Palestrina nada ó muy poco hubiera ganado con aparecer en nuestros tiempos, salvo la diferente orientación que hubieran sufrido sus esfuerzos encaminados entonces á domeñar la rebelde tonalidad de la música antigua y que hubieran ahora sido aplicados á purificar y moderar los desvaríos y excesos de la moderna, empeño, sin embargo, este último, que no estuvo aun entonces lejano de su intención, según se ve claro en alguna de sus obras.

Pero no apuntando tan alto, el concepto que sugiere la lectura y audición de las obras de ambos maestros, más bien que al fondo de la inspiración, podría referirse á la forma de su estilo respectivo, á la contextura musical, á la factura.

Aun así se figuraría uno que las composiciones de Victoria habían de tener más rapidez, más lejana intención, mo-

italianos: decían aquéllos que eran *generate da sangue moro*, y éstos las escarneaban como *bastardume* de español italianizado. Baini, que sólo veía por los ojos de Palestrina, se complace en sacar á relucir todos esos cuentos de comadre y suele comentarlos á su manera.

«Si tales ó cuales composiciones—decía de aquellas que criticaban los flamencos é italianos,—si tales ó cuales composiciones, en efecto, no son de estilo flamenco, *son troppo di stile spagnuolo*, excesiva abundancia de artificios, inútil repetición de palabras, falta de variedad, una fatigosa monotonía», y así por el estilo. De todos modos es curiosísima la opinión de los contemporáneos de Victoria y no menos curiosa la de Baini, á pesar de sus intemperancias: las composiciones *generate da sangue moro*, y el estilo *demasiado español*, ¿no revelan algo en abono de lo típico y de los subjetivos medios de exposición de Victoria, según la justa frase del meritísimo Proske?

vimiento más agitado, armonías complicadas y atrevidas, y transiciones más geniales, más personales y espontáneas que las de Palestrina. En las de éste le parecería ver, sin perjuicio de su facundia y número, mayor dificultad, mayor laboriosidad y, si se quiere, hasta mayor esfuerzo penoso en el trabajo, menos atrevimiento y genialidad. En una palabra, las composiciones de Victoria tendrían mayor unidad de idea, y si puede decirse así, mayor lógica musical: al paso que las de Palestrina, más complejas, más supeditadas á las formas corrientes y de mayor número, estarían sostenidas más bien que por la fuerza de la idea por el calor del sentimiento, tímido aunque concentrado pasivamente. Palestrina semejaría un coro de ruiseñores, que entrebañados en la selva por los rayos del lejano sol naciente, cantan calurosamente la alborada con entrecortados pero incesantes é inefables melodías; mientras que Victoria sería el águila real que cerniéndose en los elevados espacios, clavada en el sol de hito en hito su mirada, se precipita luego en raudo vuelo hacia su presa, esto es, al efecto dramático que se propone producir.

XVIII

En cuanto al segundo extremo de la pregunta de Haberl, sobre si Victoria dimitió el cargo de vicemaestro por las razones consignadas en el tercero, esto es, que se retiró á la vida privada «cuando los otros miembros de la Capilla real de Palacio, particularmente Clavijo, ya se inclinaban á una nueva moderna dirección,» queda bien contestado el segundo extremo, sabiendo, como sabemos, que no pudo retirarse á la vida privada quien no ocupó ningún cargo en la referida Capilla. No obstante, quiero recoger el tercer extremo, el que se refiere á la nueva dirección á que se inclinaban los otros maestros de Capilla, y particularmente Clavijo.

Dije antes que Haberl escribió todas estas cosas engañado por la apariencia de veracidad, puramente exterior, que

contenían las noticias apoyadas en el testimonio de Soriano Fuertes y su inspirador Pérez Martínez. De una vez para siempre he de consignar con pena que Soriano Fuertes no merece ningún crédito ni como historiador ni como músico. De su crédito como historiador, ahí está su *Historia*, que no me dejará mentir, y de su crédito como músico, allí en las páginas de la misma están las pruebas de su valía. Se le ocurrió decir esto y lo otro de Clavijo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió, desgraciadamente, lo que hemos visto. Ni Clavijo sustituyó á Victoria en la plaza de vicemaestro «que por muerte de éste, acaecida en 1602,» quedó vacante, ni Victoria murió en tal año, ni Clavijo ocupó ninguna plaza el año de 1619 en la Capilla real (1).

En cuanto á la nueva moderna dirección trazada por los otros miembros de la Capilla real de Palacio, y particularmente por Bernardo Clavijo, diré que Clavijo no pudo trazar ninguna nueva dirección como tañedor de tecla y menos como gran tañedor de arpa y vihuela, profesión restringida que no trascendía jamás al público, porque su campo de acción era el estrado del soberano ó la morada del magnate, donde se rendía culto á las producciones de los tañedores hijas de un arte cultista y aristocrático, que por esto se llamaba *cortesano* (1).

Este arte, interesante y aun interesantísimo hoy día bajo el punto de vista de la etnografía y la historia; este arte y las antiguas canciones monódicas de los trovadores, son el primer esfuerzo en pos de una música y de una poesía de un carácter menos primitivo y más artístico, los vagos acentos de una lengua musical nueva que se está formando, precursores inconscientes del gran agente de los tiempos modernos, la orquesta, lengua que halla en la polifonía vocal todo el aparato de sus construcciones, se constituye laboriosamente por

(1) Clavijo, dicho sea de paso, murió el 1.º de Febrero de 1626, y como curiosidad, véase este dato que apunta Vander-Straeteu en su obra citada. En los estados de *Sumaria y Nómina de la Capilla del Rey*, redactados en 1633 y 1637, aparece un Francisco Clavijo, organista. ¿Fué, según creo, hijo de Bernardo?

(1) Autores de las *sonadas y cantar de sala* solía llamarse á los poetas, músicos ó tañedores de esta clase de composiciones.

medio de la melodía popular de la cual tomó el fondo y buena parte de la forma, y que relegada más tarde de los centros intelectuales, despreciada por el mismo arte cortesano, á quien comunicara fuerzas vitales superiores, de las cuales nacieron las formas orquestales modernas, converge hacia un nuevo ambiente, que es su terreno natural, el pueblo, que conserva los instrumentos de tañido más ó menos modificados al presente, las vihuelas de arco, las vihuelas de mano, los laúdes, mientras se transforman los de cuerdas y arco, siguiendo paso á paso á la orquesta en su desenvolvimiento.

Bien conocida es de los musicógrafos contemporáneos la interensantisima productividad de esos brillantes y geniales *tañedores de vihuela* españoles, verdaderos tratadistas de polifonía instrumental que forman legión, los Milán, Narváez, Fuenllana, Valderrábano, etc. Hasta ahora no ha aparecido entre ellos como compositor de música instrumental el nombre de Clavijo, porque no produjo obras de este género ó porque se han perdido para la posteridad. Tampoco aparece entre los autores de *música de tecla*, muy contados, como he indicado en el volumen III, A, de las obras de Cabezón, publicadas en mi *Antología Hispanicæ Schola*.

Podríamos juzgar de su mérito si tuviésemos á mano una Antología de composiciones como las que contiene el libro de *Obras de música para tecla*, de Cabezón; pero, desgraciadamente, estas composiciones no se han *descubierto* todavía ó no han existido jamás.

Mientras no se aparezcan nuevos documentos, apenas si nos quedan hoy otros testimonios del gran mérito de Clavijo que los muy fehacientes que en la *Vida del escudero Marcos de Obregón* consigna su contemporáneo Vicente Espinel, «que le llama famoso maestro en el contrapunto y de gran destreza en canto, *ansí llano, como de órgano.*» En la *Relacion primera, Descanso XI* de la *Vida del escudero* dice Espinel: «Vi al abad Salinas, el ciego, el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad... á quien sucedió en el mismo lugar (1) Bernardo Clavijo, doctísimo en enten-

(1) En la cátedra de música de la Universidad de Salamanca.

der y obrar, hoy organista de Felipe III (1): y en la *Relación tercera, Descanso V*, añade que lo mejor que había oído en su vida era al maestro Clavijo en la tecla y á su hija Bernardina, que «ahora es monja en Santo Domingo el Real,» y á quien llama «monstruo de naturaleza en la tecla y arpa».

En cuanto á los otros miembros de la Capilla real de Palacio que, como Clavijo, según Haberl, se inclinaban á una nueva dirección, ya sabemos quiénes fueron estos maestros desde la fecha de referencia, Mateo Romero, nombrado *maestro de capilla* el 19 de Octubre de 1598, y Juan Bautista Cómes, agraciado con el título de vicemaestro el día 26 de Enero de 1619. Hablo únicamente de estos dos maestros españoles, porque como figuras significadas, no aparecen otros, y además, porque, como ya sabemos, la influencia neerlandesa bajó considerablemente desde el año 1591, y los puestos ocupados por maestros neerlandeses se ceden poco á poco á los españoles á partir de aquel año. Aun extremando un tanto la confrontación y no limitándola solamente á la de Romero, añado la del insigne Cómes, nacido en Valencia el año 1568, de quien pudo quizá haber oído Victoria algunas composiciones producidas antes de la entrada de aquél en la Capilla real.

Ahora bien; ¿las obras de estos maestros superaron á las de Victoria, pudieron hacerlas olvidar? Respondo categóricamente que no. Victoria representa en la escuela española lo que en la romana Palestrina, lo que en la francesa y la belga Deprés y Lassus, el puesto culminante del gran arte litúrgico-musical del siglo XVI.

Bajo este concepto son insuperables. En el desarrollo de aquel gran arte llegaron á la cima más elevada y fueron la última palabra de esa soberana manifestación artística, que acaso no vuelva á reproducirse jamás en la historia. ¿Y qué nueva moderna dirección pudieron trazar las obras de Romero y de Cómes ó las de otros maestros?

(1) Recuérdese que la primera edición de la novela de Espinel fué la de Juan de la Cuesta, dada á la estampa en Madrid á principios de 1618.

Ninguna, ni en las formas ni en el fondo ó la esencia de la armonía.

En cuanto á las formas, como de las reglas arbitrarias del *canon* y de la *fuga* había salido entera la frase musical perfecta, el arte de hacer cantar juntas distintas partes vocales, consecuencia de aquellas reglas, fué llevado á la última perfección; por medio del signo del pensamiento, que es la palabra, el polifonismo había trazado á la orquesta para el día de mañana el sistema de la unidad de motivo, sin el cual el elemento sinfónico no podía existir.

Si se atiende al fondo ó á la esencia de la armonía, Palestrina y Victoria, lo mismo que Mateo Romero, Cómes, Gabrieli y todos los músicos de aquella época nacionales ó extranjeros, compusieron sobre temas sacados del *Cantus firmus* gregoriano, escritos en los modos del cantllano, cuyo carácter harmónico era invariable aun en las frases que inventaban en busca de contrastes vocales. Algunas veces el principio presentido del acorde perfecto ponía en evidencia los elementos constitutivos de un sonido fundamental.

Adivinaron quizá, y de ello hay pruebas, las relaciones determinadas entre todos los sonidos de la escala basadas en las afinidades respectivas con un sonido fundamental y principal, especialmente en las composiciones escritas en tono mayor.

La nueva dirección, ó mejor dicho, transformación, no pudo operarse en tanto no se sacrificasen los modos gregorianos y la armonización propia de cada modo, que era su consecuencia, poniendo en evidencia los caracteres de preponderancia de las escalas mayores y menores. Esa evolución de la preponderancia harmónica de la tónica, tuvo su cumplimiento más tarde, cuando fueron fusionándose poco á poco los antiguos modos dorio, solio y frigio gregorianos en nuestra escala menor, y ni Palestrina ni Victoria ni ningún compositor contemporáneo alcanzó el período de esta evolución, que apareció durante el transcurso del siglo décimo-séptimo. El impulso dado por la ópera al desarrollo de la música harmónica y al principio de la tonalidad, los medios de expresión que introdujeron en la música las disonancias

empleadas como elementos de valor propio, hicieron precognizar las excelencias de un sistema al parecer el más completo bajo la riqueza de formas dentro de un todo artístico, más lógicamente coordinado, que permitía crear obras de arte más considerables como extensión, más enérgicas en sus medios expresivos. Este principio de estilo libremente elegido pudo hacer olvidar por un momento otros sistemas musicales basados en distintos principios, que alcanzaron el más alto grado de belleza artística. Mas la gran variedad de medios de expresión que residía en la diversidad de los antiguos modos, no podía dejar de ponerse de nuevo en predicamento y de aprovecharse como uno de los productos del genio de la invención humana, y desde el momento en que el sistema de los antiguos modos tomó carta de naturaleza en el sistema restringido de nuestras tonalidades indefectiblemente mayores y menores, las obras de aquella soberana manifestación artística de la música religiosa del siglo XVI infundieron en el arte moderno, gastado por las enervaciones del cromatismo y del enharmonismo, una nueva savia de espiritualismo que ha influido principalmente en el drama lírico y en la música sinfónica.

FELIPE PEDRELL.

(Continuará.)





ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO MÉDICO ESPAÑOL
DEL SIGLO XVI

NICOLÁS MONARDES

(Conclusión) (I).

II

De la yerba *escuerzonera* dice que fué hallada de treinta años á esta parte (en la fecha que escribe ó sea 1580); que se descubrió en el condado de Urgell, en Montblanc, y que como aquella tierra sea molestada de ciertos animales muy venenosos que se llaman escuerzos, por lo cual recibe dicho nombre, puesto que cura y remedia las mordeduras de aquestos animales.

«La manera y efigie desta yerba es muy linda y la naturaleza la pintó muy galana; de altura de un codo poco más ó menos, tiene la hoja como la chicoria, cuando está muy adulta, algo más ancha, trepada gruesa que se esparce por la tierra, es luenga y aguzada al cabo; en la qual hay un nervio que se sigue desde su nacimiento hasta la punta;

(I) Véase la pág. 527 de este tomo.

es su color verde claro, echa muchos tallos redondos, delgados, duros, liñosos, y en lo alto dellos echa unos capullos luengos, nerviosos, redondos, con unas puntas como dientes, que tiran algo á capullos de clavellinas: en el mes de Mayo salen destos capullos unas flores muy apretadas de muchas hojitas, las quales, abiertas del todo, se hace una flor grande y redonda, y aquellas hojas se hacen como los rayos del sol amarillos, que es flor de muy linda vista.»

.....

«La raíz es de la manera de una zanahoria carnosa pesada, acabada con punta y vase engrosando hacia las hojas; tiene una corteza delgada, pegada á la misma raíz, de un color pardo que tira á negro, algo áspera. Cortada ó quebrada, echa de sí una aquosidad pegajosa como leche, es blanca toda de dentro, pinque dulce, nasce por la mayor parte en lugares montuosos que tienen humedad. Su complexión es caliente y húmeda en el primer grado.»

Luego habla de sus virtudes; «para desmayos del corazón, para los que tienen gota coral y para las mujeres que padecen ahogamiento de la madre, tomando la conserva hecha de la raíz y bebiendo el zumo clarificado de la yerba, ó el agua destilada *della*».

Por estas indicaciones, se comprende que hace Monardes un estudio bastante detenido del vegetal y de la raíz, para adquirir exacta idea de su valor, importancia, caracteres botánicos, propiedades, usos é historia, todo ello muy digno de ser conocido al tratar de los antecedentes de una sustancia que, aunque no ha tenido muchos usos, ha sido, sin embargo, respetada por las sucesivas generaciones médicas, para que todavía figure como componente de algunos medicamentos de uso actual y de fórmula consignada en las Farmacopeas.

III

Diálogo del hierro y de sus grandezas, y cómo es el más excelente metal de todos, y la cosa más necesaria para el servicio del hombre y de las grandes virtudes medicinales que tiene.—
En Sevilla, en casa de Fernando Díaz. Año 1580.

Dedícalo al Excmo. Sr. Duque de Alcalá, y dice que: «Ser el Negocio del Hierro de tanta importancia en el mundo y tan necesario al servicio del hombre, me movió á hacer este diálogo, que trata de sus grandes y maravillosas obras; que si bien se consideran pondrán admiración á quien las leyere. Y allende que es tan necesario á todos los estados y modo de vivir, tiene grandes virtudes medicinales. Y asimismo, con valor y grandeza, es instrumento y medio para que los valerosos hayan conseguido con él grandes títulos y fama, como muchos de los pasados vemos que adquirieron, etc.»

En esta dedicatoria al Sr. Duque de Alcalá consigna también Monardes el curioso dato histórico que entre los títulos del Duque á la pública consideración, se halla el estar unido en matrimonio á la hija de Hernán Cortés, en las siguientes frases:

«Tomó por mujer á la Excelentísima Duquesa Doña Juana Cortés, que hoy ilustra el mundo con valor, ser, calidad y grandeza; hija de aquel valeroso Príncipe D. Hernando Cortés, que con valor y trabajos inmensos conquistó otro nuevo mundo, y ganó en él no sólo Lugares y Villas, pero Reinos é Imperios, por do consiguió nombre y gloria eterna.»

El diálogo del hierro consiste en una conversación que empieza entre el Doctor y Burgos y acaba en la herrería de Ortuño. Dice Monardes que el hierro es el verdadero oro y la verdadera plata, porque sin él no podrían vivir los hombres ni ejercitar las artes y oficios. Enumera las ventajas de su empleo en las artes de la paz y de la guerra, aunque participa del odio que los caballeros tenían á las armas de fuego, diciendo que fueron invención del demonio para llevar muchos al infierno. Discute también todas las opiniones que los filósofos y hombres de ciencia han emitido sobre el hierro; compara los hierros y aceros de diversas regiones y explica su estado, beneficio y preparación. Habla del oro como medicamento, negando todas las virtudes que entonces le atribuían. Ridiculiza la costumbre de echar en el puchero monedas de oro, diciendo que lo único que puede

sucedan es dejar la suciedad y limpiarse. Compara la importancia terapéutica del oro y el hierro, y ya prescribe el uso de éste en muchas de las enfermedades en que hoy se emplea.

Ocupa este opúsculo veintidós folios

Para ensalzar al hierro, dice Monardes lo siguiente del oro, plata y esmeraldas en el diálogo:

«Si tanta gana tiene de ver metales preciosos, yo le llevaré á parte do verá un metal muy máspreciado y de mayor estima que el oro y la plata que deseaba ver y mucho mejor y de más provecho que las esmeraldas: que esto de las piedras no es otra cosa sino opinión que se tiene dellas, que pocos milagros habemos visto que hacen de lo que se escribe dellas, que si no es sacar el dinero de una bolsa y echarlo en otra, no sé que tengan otra virtud; y el oro y plata no son otra cosa que un polvo y tierra de aquella color, que crió naturaleza en las entrañas della como crió á los demás metales: verdad es que las gentes han puesto más estimación en estos dos que en los demás, en tanto que á los que los tienen en abundancia llaman ricos y á ellos riquezas: de los quales dice Sócrates que no sirven al hombre sabio que para embarazarle el ánimo, como las vestiduras largas embarazan el cuerpo.»

La importancia que concede al hierro se halla sintetizada en estas frases: «Esas planchas de hierro que ve arrimadas por esas paredes, ése es el verdadero metal preciosísimo que sirve al mundo, de que se aprovechan los hombres en sus usos y necesidades: éste es el verdadero oro y plata, sin el cual no podríamos vivir, ni los hombres podrían ejercitar sus artes y oficios: con él se adquieren las verdaderas riquezas y todos los frutos y bienes temporales, y con este metal se sacan y benefician todos los demás».

En otro período dice: «Sepa, Señor Burgos, que los metales todos proceden y son engendrados de un mismo origen y principio. Verdad es que ha habido grandes opiniones y pareceres sobre qué cosa sea este principio y origen de do se engendran entre los filósofos y sabios antiguos; porque unos dicen que humedad cuajada en cierta forma sea la

materia de todos los metales. Aristóteles dice que se engendran de un vapor metido en las entrañas de la tierra. Demócrito, que se hacen de cierta manera de cal y lejía. Gil, moro español, que se hacen de ceniza; otros que de todos los elementos. Unos, que la causa es frialdad que los congela; otros, que calor que los condensa. Los astrólogos atribuyeron este negocio á las causas superiores y á las estrellas erráticas, dando cada planeta su metal. Platón, queriendo aludir á los unos y á los otros, quiso que la virtud celeste con la terrestre fuesen la causa de su principio y origen. Trimegisto dijo que la tierra era madre de los metales y el cielo padre. Y así Plinio dice estas palabras: lo interior de la tierra, preciosísima cosa es, porque en ella van á dar y herir todas las influencias del cielo, engendrando en ella cosas de gran precio, como piedras y metales, y esto se hace, como Calcidonio Platónico dice, por el mucho calor que hay en lo interior della».

.....

«Padece el hierro una enfermedad gravísima que lo consume y acaba, que llaman herrumbre ó orín, y para que no le venga hay muchos remedios: que estén las cosas hechas de hierro ó de acero de continuo limpias, que no estén en humedad, que se traten y usen, dorándolas ó plateándolas ó pavonándolas, se libran del tal mal: untándolas con aceite común ó con tuétanos de ciervo, ó con enxundia de aves, ó con albayalde y vinagre hacen lo mismo.»

En la segunda parte dice: «Por lo dicho habrán entendido como el hierro y el acero son un mismo metal, salvo que el acero es hierro más limpio y más apurado y por esto es más recio y más fuerte; y así los antiguos, como no conocieron el acero, solamente trataron del hierro y á él atribuyeros las virtudes medicinales que diremos, y debaxo del hierro entenderemos del acero, pues no difiere dél en más que en ser más puro y más limpio de superfluidades, y por eso el acero enfría y deseca más que el hierro, que do es menester calentar y abrir, más fuerza y efecto tiene el hierro, por no estar limpio de las partes sulfúreas, que se pierden muchas dellas cuando se hace acero de la forma dicha».

«Los metales si no se calcinan y preparan, cada uno como le conviene, no pueden servir en medicina, ni haber los efectos y virtudes que tienen por ser gruesos, de substancia dura y fuerte.»

«Han de tomar la limadura del hierro que sea pura, sin otra mixtión, porque si tuviera mezcla de plomo, ó de cobre ó de vidrio, y si se diese así mezclado á beber alguno, mataría.»

«Sirven el hierro y acero en medicina, con grandes efectos y maravillosas obras, curando y sanando varias y diversas enfermedades.»

«El hierro tiene virtud de desecar y retener y de apretar: aprovecha á los que tienen falta de cabellos para que les nazcan; preparado mezclado con algún licor apropiado quita las asperezas de las mexillas; mezclado con vinagre y hecho unguento con aceite mirthimo y cera, quita las pústulas de todo el cuerpo; los polvos dél mezclados con vinagre sana el fuego de San Antón, y asimismo toda sarna; sana los panarizos ó uñeros, aplicados los polvos con lienzo; los flujos en las mujeres, cualesquier que sean, puestos con lana ó con algodón, los cura y sana, y lo mismo si se pusieren en forma de mecha, en las partes baxas; mezclados los polvos con mirra y puestos en las llagas recientes, las suelda y sana; mezclados con vinagre y puestos en las almorranas, las resuelve y deshace; detiene cualquier flujo de almorranas y remedia las llagan dellas, que van corroyendo.»

«Galeno, en el libro de Theriaca ad Pisonem, encarece mucho la necesidad que hay del hierro en la vida humana, para servicio del hombre, y pónelo por excelentísimo remedio para desecar las humedades y lágrimas de los ojos.»

«Dioscórides, dice: el agua ó el vino do se hubiere matado un pedazo de hierro ardiendo es provechosa á los flujos del estómago y á las disenterías, resuelve las durezas del bazo, sirve á las inundaciones coléricas y á las relaxaciones del estómago.»

Luego expone las opiniones de Oribasio, Rasis, Avicena, Albucasis, Serapión y otros varios, concluyendo por algu-

nas consideraciones, comparando la importancia y servicios del hierro con la del oro.

De todos modos, este trabajo revela en su autor un perfecto conocimiento del metal hierro, de su gran importancia histórica, su misión en terapéutica y valor que le asignaron las primitivas sociedades y los sabios filósofos de la antigüedad respecto á su acción fisiológica, así como también el verdadero aprecio práctico que debe merecer un cuerpo capaz, por su resistencia y dureza, de servir para multitud de usos utilísimos que hacen imposible el sustituirle con otro metal, y por tanto es más apreciable que el oro, en pos del cual la humanidad tanto se afana, siendo á veces la llama en que se abrasa, como la mariposa que ávida gira en torno del foco luminoso.

IV

Termina este volumen con el libro que trata de la nieve y de sus propiedades, que consta de 21 folios. Dedícalo al ilustrísimo señor Conde de Barajas, Asistente de Sevilla.

Dice: «No es otra cosa la nieve sino un vapor frío y húmedo que se allegó en la media región del aire, engendrado en el cuerpo de la nube, con una frialdad mediana, que no es tan fuerte como la que causa el granizo, ni tan blanda como la que causa el agua».

Después expone las opiniones de Galeno, Hipócrates, Avicena, Cornelio Celso y otros respecto á la nieve, con otros importantes datos relativos á la misma.

Habla del origen de la nieve; de los diversos medios para enfriar el agua, que consisten en los cuatro siguientes: evaporación producida por las corrientes de aire, inmersión en los pozos, uso del salitre y; por último, empleo de vasijas de vidrio en vez de metálicas.

Hé aquí los versos latinos con que termina el libro:

In laudem Dotissimi Nicolai Monardis Medici Hispalensis.

«Tu solus sacras ex tollis Apollinis artes,
 Virtuti studiis, moribus, ingenio.
 Tu solus tum (quo melius medicare) Galenum
 Quaris, vestigas, invenis, et sequeris.
 Tu solus medicas artes sermone decenti
 Exornas, condis, comis et amplificas.
 Tu solus medicos libros vel triplici lingua
 Explanas, mutas, exprimis et renovas.
 Ergo te merito dixerunt fata Monardum,
 Nempe quod excellas secula nostra Monos.
 Est Monadis nomen, Monadis quoque; munera prestas,
 Et referum Monadem nomen, opusque tuum.»

De Rosa et partibus ejus, deque succi rosarum temperatura.
Antuerpiæ apud Nutii vidu m, 1568, en 8.º

Trabajo escrito en latín por Monardes, donde habla en primer término *De Rosa, ejusque succi temperamento*, y expone las ideas de Plinio, Galeno, Dioscórides y Plutarco referentes á la rosa. Menciona el aceite y el unguento rosado; *quod inflammatione placat*, el azúcar rosado, *sacharum rosaceum, quod stomachum et cor calidum firmat*, de la miel de rosas.

Después trata *De rosis persicus seu alexandrinis*, en donde se ocupa del electuario diacártamo, de la importancia que Avicena y otros médicos concedieron á la rosa, extendiéndose en algunas consideraciones históricas y en varios datos relativos á los usos que de esta flor se hicieron por diversos personajes, así como también de las formas farmacéuticas en que se usó.

Este opúsculo lo incluye Carlos Clusio en un tomo en folio mayor, impreso en 1605, *Raphelengius*, juntamente con varios de otros autores.

También incluye Clusio en su colección un pequeño opúsculo de Monardes, titulado *De citris aurantiis ac limonis*, de poca importancia bibliográfica é histórica.

Respecto á la fecha de la publicación de la obra *De rosa et partibus ejus*, D. Nicolás Antonio, Hernández Morejón y

Arana de Valflora difieren en sus opiniones, sin embargo de no ser grande la discordancia, pues el primero la refiere al año 1565, Hernández de Morejón al 1568 y Arana de Valflora al 1576.

Indudablemente, hay una edición de Amberes de 1565 y otra de 1568, á lo cual hay principalmente que atribuir esta divergencia, que ya de esta suerte queda perfectamente explicada. No he podido comprobar si existe otra posterior, para apreciar la razón que moviese á Arana á consignar la fecha á que se refiere, pero es de suponer que haya también otra á que referirse, aun cuando no puedo asegurarlo.

De todos modos, en Amberes se publicaron en 1551 las disertaciones *De rosa et partibus ejus*, *De succi rosarum temperatura*, *De rosis perricis seu alexandrinis*, *De mali citris, aurantiis et limoniis*, unidas á la obra primera que hemos citado en la parte bibliográfica, ó sea la titulada *De secunda vena in pleuritide*.

Otra obra de Monardes es la siguiente, de 1579:

Simplicium medicamentorum ex novo orbe delatorum, quorum in medicina usus est historia.

Hispanico sermone descripta à D. Nicolao Monardes, hispalensi medico.

Latio deinde donata, et annotationibus, iconibusque assabré depictis illustrata à Carolo Clusio atrebate. Altera editio. Antuerpiæ. Ex officina Cristophori Plantini: Architypographi Regie MDLXXIX.

Folleto en latín en 8.º de 84 páginas, con diez grabados en madera.

Empieza con la resina copal y expone algunos datos interesantes acerca de varias sustancias, sobre todo en lo relativo á su acción terapéutica.

Termina con la piedra bezoar.

Esta obra existe en la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

El libro que Monardes contribuyó á dar á conocer fué el siguiente:

«*Sevillana Medicina*. Que trata el modo conservativo de

» los que abitan en la muy insigne ciudad de Sevilla: la qual
» sirve y aprovecha para qualquier otro lugar destos reynos.
» Obra antigua digna de ser leída. Va dirigida al ilustríssi-
» mo cabildo de la misma ciudad.—Año 1545.»

Libro en 4.^o de 135 folios y cuatro de prólogo y portada.

Dedícala el Licenciado Monardes al Ilustríssimo Senado, Justicia y Regimiento de la ciudad de Sevilla, y comienza con las siguientes palabras: «Pirro, Rey de los Epirotas, la cosa que más comúnmente decía y el juramento que más usaba era: «Así los dioses salud le diesen y de enfermedades la librasen». Y con gran razon, porque la cosa más preciosa, después del ánima que en el hombre hay, es la salud, por la qual todo hombre sabio no solamente debe á Dios rogar, pero poner gran diligencia para la conservar».

En el colofón ó terminación del libro hay las siguientes frases: «Laus Deo: Fué impreso el presente libro en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla: en casa de Andrés de Burgos. Acabóse año de mil y quinientos y cuarenta y cinco: á cinco días de Noviembre».

El capítulo primero trata del aire en general, donde dice que de las seis cosas necesarias al hombre, la primera es el aire que nos circunda. En el capítulo segundo se ocupa del aire de Sevilla, que dice es caliente y húmedo en primer grado, respecto de Córdoba y otros lugares de la frontera.

En el capítulo quinto dice: era el año 1391 cuando vine de Aviñón.

Este libro he podido consultarle en la Biblioteca de la facultad de Medicina de la Universidad Central, que se califica de muy raro, hasta el extremo de ser desconocido por el ilustre bibliógrafo D. Nicolás Antonio.

La *Sociedad de Bibliófilos Andaluces* ha tenido hace pocos años, en 1885, el buen acierto de reproducir tan interesante obra, acompañada de curiosas notas que demuestran los profundos conocimientos de quien las ha consignado, con lo cual, al propio tiempo que ha contribuído á dar á conocer un libro muy difícil de hallar, pues estaba calificado entre los más raros, ha rendido tributo de consideración al autor de una obra científica española de tan remota fecha

y á la memoria del ilustre Monardes, que la dió á conocer por vez primera.

Esta reproducción tiene un bien escrito prólogo de don Javier Lasso de la Vega y Cortezo, donde se hacen interesantísimas consideraciones histórico críticas, tanto respecto á Juan de Aviñón, médico del ilustre Arzobispo D. Pedro Barroso, que escribió la referida obra en el año 1418, permaneciendo inédita el largo espacio de ciento veintisiete años, ó sea hasta 1545 en que se publicó, como también referente á Monardes, y sobre todo hace resaltar el Sr. Lasso, con muy buen acuerdo, el dato, de verdadera importancia para el buen nombre científico de nuestra nación, que la Medicina española figuraba en la décimosexta centuria en lugar honrosísimo en el concierto de los pueblos cultos.

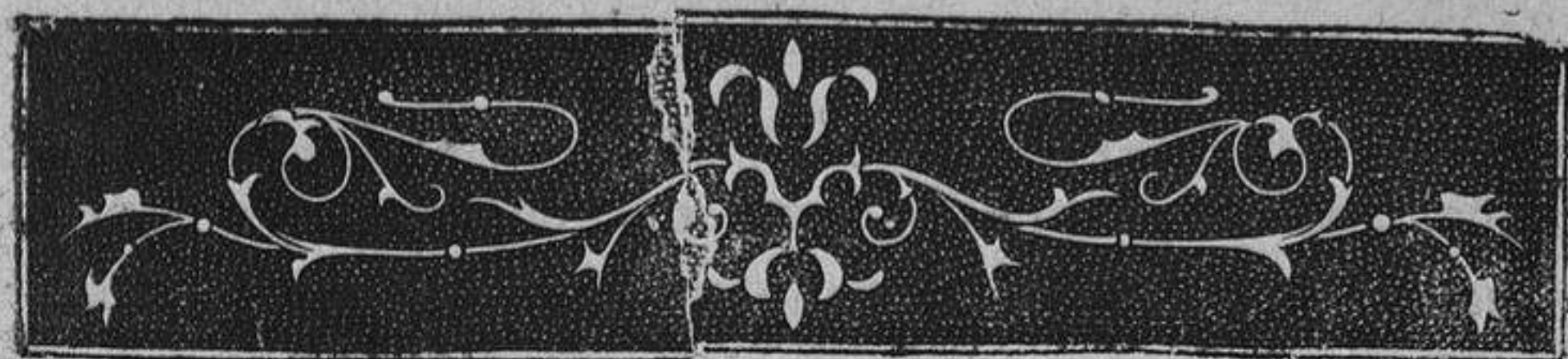
Con lo expuesto doy por terminado el estudio que me propuse hacer del sabio español, bien conocido por sus libros dentro y fuera de nuestro país; pero no tan divulgado cual corresponde á su bien ganada fama, ni tan enaltecido cual sus meritos exigen, por lo cual he acudido á la historia para proclamar una vez más su nombre glorioso y para señalar algunos hechos que no se encuentran reunidos ni consignados por todos los biógrafos del personaje, así como el conocimiento de las ediciones de sus obras, aspirando con mi modesta obra á que los amantes de nuestras pasadas lumbreras científicas puedan enorgullecerse recordando esa ilustre personalidad de la décimosexta centuria, que contribuyó á que figurase dignamente España en el concierto de la universal cultura.

En las anteriores páginas hase procurado, por tanto, poner de relieve la figura de un español que á la vez honró á la patria y á la ciencia, dejando en pos de sí una huella impercedera de gratos recuerdos. Si no he tenido la venturo-

sa dicha de alcanzar mis aspiraciones, he procurado, por lo menos, realizar el estudio de cuanto al mismo atañe, á fin de que la buena intención sea tenida en cuenta por el lector al formar su imparcial juicio y dictar su fallo acerca de este trabajo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.





EL DOCTOR WOLSKI (1)

El enorme *siebruga*, que con el vientre abierto y destripado, algo conserva de vivo y doloroso en las redondas pupilas verdes; el *acetrina*, de carne mantecosa; el succulento *siemgz* y el rosado salmón, tienen puesto de preferencia al lado ó no lejos de los barriles que contienen la *icra* negra ó la roja. La *icra* roja es un repugnante amasijo hecho con las huevas del *schtchuca*; la negra es el aristocrático *caviar*, especie de jugo viscoso, cuajado de millones de huevecillos, grandes como lentejas, que parecen diminutos ojos arrancados á reptiles. En el suelo, amontonados á miles, los *snitki*, peces de dos centímetros el que más, que son el regalo del pueblo en cuaresma: espolvereados con escarcha, en panzudos y pringosos barriles, con tonos de oro viejo, destácanse los ahumados arenques del Báltico; en los rincones, endurecidos como piedras, están los *schufaki*, y en el techo y los muros, con prismáticas estalactitas, alternan placas de grueso y verdoso hielo. En la calle, en el umbral mismo de la tienda, sobre toscos puntales, hay unas tinas llenas de agua.

Un muchacho—casi siempre un niño—está junto á ellas

(1) Véase la pág. 542 de este tomo.

de guardia, y con una pala de madera rompe el hielo que, con pasmosa prontitud, se forma en la superficie de aquélla; hecha esta operación, que tiene que repetirla diez minutos después, el chico hace el molinete con las manos metidas en bolsas de lana y cuero, llamadas por mal nombre guantes, y se golpea furiosamente el pecho y los costados para entrar en calor.

En el fondo de las tinas nadan algunos esterletes, que son los mejores pescados del universo, según afirman los rusos, y sólo que en el Wolga se crían muy sabrosos, sin que nadie los compre no estando vivos, y siempre á gran precio.

El doctor Wolski llegó al *Riwne Rynek*, acercóse á las tiendas, paróse ante una después de mirar el rótulo, y entró.

De pie, en el fondo de ella, veíase á un hombre de gran estatura, envuelto en *la doja* (abrigo que tiene piel interior y exteriormente), calzado con burdos *walenskis* y la cabeza cubierta con peluda gorra.

Todo lo que distinguíase de su cara entre la gorra que le cubría las orejas y el cuello que hasta las orejas subía era la boca triste, la nariz ancha y los ojos del color del acero, brillantes, pero inexpresivos.

—¿Sergui Serguieyewich?—preguntó el médico, encarándose con aquel hombre.

—Servidor—dijo el interrogado.—¿Tú eres, sin duda, el doctor Wolski, de quien vino anoche á hablarme María Fiodorowna?

El pescadero, siguiendo la costumbre general, tuteaba al polaco.

—El mismo, y deseo que tengas la bondad de oirme, Sergui Serguieyewich.

—Me tienes á tu disposición y dispuesto á ayudarte. María Fiodorowna me ha hablado de tu hospital y de tus propósitos. Eres hombre de buena voluntad y de energía, Dios no ha de desampararte, padrecito. Yo sé de muchos pobres y de muchos niños enfermos: si te conocen y les hablas así... vamos, sin demasiada dulzura, creo que no han de desoirte. ¿Quieres acompañarme al Bulak para ver á alguna gente?

Wolski sacó su reloj, y mirándolo dijo:

—Hasta las tres estoy libre, de modo que puedo acompañarte con el mayor gusto durante dos horas y tres cuartos.

—*Spasiwo* (gracias)—respondió Sergui, haciendo al doctor una reverencia profunda.

Salieron á la calle. Ya en ella, Wolski llamó á un *swostchik*, pero el ruso le dijo:

—Es inútil.

—Tenemos poco tiempo, el *Bulak* no está cerca y llegaremos antes en trineo que á pie—repuso Wolski.

—Yo no voy jamás ni en trineo ni en coche; sígueme á mi paso y no tardaremos en llegar—añadió Sergui con aquel tono suyo seco, pero humilde.

Wolski siguió á Sergui, el cual con pasmosa rapidez emprendió la marcha, y á poco dejaron atrás los mercados, las cuevas y callejas de la *Stara Tatarska*, el largo é inseguro puente de tablones tendido sobre el río Kazanka, y penetraron en el barrio del Bulak.

En aquella parte de la villa las calles, los edificios y el aspecto general de la barriada impresionan tristemente. Es allí donde se encuentran más mendigos—criaturas en su mayor parte—y allí donde se ve, lo mismo en invierno, cuando hay treinta grados de frío, que en verano, cuando hay treinta de calor, á un hombre sentado en una banqueta á la entrada del puente, inmóvil, silencioso, con la cabeza vendada, el rostro comido de costras, que han cegado las pupilas, y la cabeza y la espalda mal cubiertas por verde y raidísimo kafftán tártaro.

Cómo vive, cómo soporta aquella existencia el infeliz, no se comprende: el hecho es que á cualquier hora del día y hasta bien entrada la noche, año tras año, allí se ve á aquel hombre, que ni extiende la mano pidiendo limosna, ni suplica lastimeramente al transeunte, cual si estuviera persuadido que para inspirar compasión basta la vista de su entrapajada cabeza leprosa y aquel silencio y aquella inmovilidad que delatan mejor que la queja ó el llanto uno de esos dolores inconmensurables que hacen de los hombres que los sufren santos ó idiotas...

Las contadas personas que había á las puertas saludaban á Sergui Serguiewich del modo peculiar que saluda el pueblo ruso á los superiores, inclinando la cabeza hasta las rodillas al hacer reverencias propias de siervos ó de fanáticos.

Al entrar Sergui y Wolski en la calle angosta del Bulak, una docena de chiquillos desharrapados corrió hacia ellos, y con dulces palabras y cariñosos adjetivos, todos á la vez pedían una limosna.

A poco el grupo de pedigüños habíase aumentado del doble y causaba impresión penosísima oírlos y verlos con los pies y las piernas envueltos en trapos sujetos con cuerdas, vestidos con trozos de pieles peladas, bajo las cuales veíanse los miembros amoratados y temblorosos.

Sergui echó una ojeada á los chicos y fijándose en uno que cojeando seguía á sus compañeros, encaróse con él y le dijo con enfado:

—¿Conque me has desobedecido y correteas por la calle en vez de estarte tranquilo en casa? Espera, yo te arreglaré.

—Padrecito—replicó el niño irguiendo trabajosamente su enorme cabeza de hidrocéfalo,—hoy no me duele tanto la pierna.

—Entra sin detenerte en tu casa, borrico, que allá voy yo. Y tomando al niño dulcemente por un brazo, le hizo entrar en una casa miserable, á cuya puerta detúvose Sergui Serguiewich, diciendo á Wolski:

—Ese es de los que más urge curar, si no...

Los chicuelos en apretado grupo colocáronse junto á Sergui y Wolski, siempre gimoteando y pidiendo limosna.

El pescadero les hizo señas para que se callaran, y metiendo la mano en uno de los bolsillos exteriores de su *doja*, sacó de él dos grandes pedazos de pan y una navajita, y comenzó á cortar rebanadas que entregó una por una á los muchachos.

Algunos, al recibir el pan, mordiéndolo con avidez, otros, escondiéndolo entre sus ropas, extendían la mano, diciendo con lastimera voz:

—Padrecito, un pedazo de azúcar para el te.

—Amada paloma, unas kopekitas para comprar leña.

Sergui hizo con el puño cerrado un ademán amenazador, y con duro tono les dijo:

—¡Pilletes! No recibiréis de mí ni azúcar, que es una golosina, ni dinero, que gastáis en cigarrillos y otras porquerías. ¿No lo sabéis de sobra?

Los chicos retrocedieron y se callaron; sólo uno añadió encarándose con Wolski:

—¿No me podrías dar una camisa y un abrigo viejo? Mira cómo estoy.

Y mostraba por los agujeros de la tulupa sus carnes.

Sergui volvió la cabeza hacia él y le gritó:

—¡Ah! ¡Eres tú! ¿Qué has hecho de la camisa y el abrigo que recibiste anteayer? ¿Los has vendido en el *Folchok*, verdad, tunante?

El chico, clavando en Sergui sus ojos que la oftalmía desfiguraba, respondió hipócrita y humilde:

—Me los han robado.

—¿Y te dejaron el cuerpo, que es lo que más vale?—respondió Sergui, y volviéndose al polaco:—No le creas; éste es de los que necesitan, más que el hospital, la casa de corrección.

A punto que esto decía, corriendo hacia ellos, veíase á una chicuela como de siete á ocho años, que llevaba entre sus bracitos, con gran esfuerzo, una criatura, al parecer muy arropadita y cubierta con un trozo de chal sucio.

—Y á mí—gritaba acercándose,—á mí también un pedacito de pan y una kopeka para comprar leche á este hermanito mío.

Y á poco, sin aliento, tras la rápida carrera, metióse por entre los muchachos hasta colocarse junto á Sergui.

Era la pobre tan menuda... tan flaca... y parecía sostener con tal fatiga la criatura que llevaba, que Sergui y Wolski miráronla compasivos. Sergui, al poner en sus manecitas una buena rebanada de pan, le preguntó:

—¿Tienes padres?

Ella, con vocecilla quejumbrosa, dijo:

—Tengo madre, está enferma.

—¿Tienes padre?

—No sé—respondió la chiquilla con ingenua sinceridad.

—¿Y dices que es hermano tuyo?—interrogó Wolski posando con caritativo movimiento su mano sobre el chal, que plegábase cuidadosamente como resguardando del frío á la criatura que al parecer ocultaba.

La niña echóse atrás con susto y balbuceó:

—Está enfermo... está enfermito—y dió un paso alejándose.

—Aguarda—le dijo Wolski deteniéndola.—¿De qué está enfermo tu hermanito? ¿Qué tiempo tiene?

Así hablando, inclinóse para entreabrir el chal y ver al pequeñín; pero la mendiga dió un grito y saltó hacia atrás sujetando el mantón contra su pecho con la mano que tenía libre.

Wolski y Sergui miráronse con sorpresa, y aquél preguntó á la muchacha:

—¿Qué te ocurre? ¿Crees que voy á hacer daño á tu hermanito? No, mujer, ven junto á mí.

Pero la chica, sin oírle, echó á correr.

Sergui fuése tras ella, detúvola y la condujo cogida por un brazo hasta donde estaba el doctor. Al ser presa, intentó desasirse de las manos de Sergui; mas al ver que eran inútiles sus esfuerzos, rompió á llorar exclamando:

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Dejadme! Mi madre me lo ha puesto en los brazos... Yo no tengo la culpa... Yo no tengo hermano ninguno...

Sergui, al oír esto, añadió con sobresalto:

—¿Pues de quién es la criatura que ahí llevas?

—No está viva—respondió la pequeña, como si hubiera oído otra cosa.

—¡Cristo!—gritó Sergui mirando á Wolski, el cual, emocionado, tomó de los brazos de la chica el envoltorio. Ella resistióse todavía un momento, pero al fin cediólo, llorando y diciendo á gritos:

—Que me den el mantón, ya que me quitan el...

En aquel punto, al registrar Sergui el lío, asomó por los

sucios pliegues del mantón la rígida y repugnante cabeza de un gato muerto. Fué tanta la hilaridad que ocasionó á Sergui y á Wolski aquel imprevisto hallazgo, que no pudieron pronunciar palabra y durante un rato miráronse riendo...

Los chicos reíanse á más no poder, y entre ellos la mentirosa, inquieta, dirigía al doctor y á Sergui sus ojillos claros, inteligentes y tristes; y como si la hubiera contagiado aquel reír general, soltó también una carcajada que terminó en un sollozo.

Sergui tiró del chal que envolvía al gato yacente y se lo arrojó á la chicuela. En seguida cogió al animal por una pata y con fuerza lo despidió hacia el río, entre cuyas espesas nieves quedó sepultado.

Volvióse á la muchacha, y con severo tono, que en vano pretendía ser amenazador, díjole:

—¿Has visto lo que acabo de hacer? Pues cuenta que correrás la misma suerte que *ese hermanito tuyo* si te hallo con otro semejante. Conque ojo.

Y dirigiéndose á Wolski, el cual contemplaba con melancolía el grupo aquel de pordioseros, añadió:

—Ya ves qué de miserias nos salen al paso. Criaturas sin pan y criaturas depravadas... Entremos, entremos por aquí, doctor, que aún nos esperan otros infortunios.

Wolski, detrás de Sergui Serguieyewich, metióse en el patio del mezquino y destartalado albergue.

XIX

La sonrisa que aún retozaba en los labios de Wolski y Sergui después de la escena con la mendiga desapareció por completo al entrar ambos en el patio reducidísimo de la casa. No tendría más de tres metros de largo por dos de anchura; cubríalo la nieve, que al contacto con las aguas su-

cias allí de continuo arrojadas había perdido su albo color por el indefinible de los pudrideros.

En la parte baja de los muros veíanse algunas claraboyas y dos puertecillas entre ellas. A una se dirigió Sergui y llamó; la puerta abrióse prontamente y se oyó una voz de mujer que dijo:

—¡Dios te bendiga, Sergui Serguieyewich, pues vienes á consolarnos!

Sergui y Wolski entraron, descendieron á tientas dos escalones, y halláronse en una habitación semi á oscuras, en la cual era la atmósfera fétida é irrespirable. Allí distinguíase confusamente á la luz escasa que penetraba por la claraboya del techo un banco, una criatura echada por tierra en un montón de paja, y sobre la *pietchka* (especie de fogón empotrado en la pared) la cabeza de otra criaturita moviéndose entre andrajos.

—Anna Kirilowna—dijo Sergui con aspereza dirigiéndose á la mujer, que á la escasa luz de la cueva tenía perfiles de espectro,—¿por qué has dejado á tu hijo salir á la calle?

—¡Ay padrecito!—balbuceó la aludida.—Quiso salir, parece que está mejor.

Sergui acercóse al montoncillo de paja en el que estaba acurrucada la criatura y llamó dulcemente:

—¡Dimitri!

La cabecita del niño cojo, que poco antes hiciera Sergui entrar en el portal de aquella casa, irguióse un instante y volvió á quedar inmóvil.

—¡Dimitri!—repitió Sergui poniéndose en cuclillas junto al chico.—¿No quieres una cosita buena que traigo para ti?

—¿Es azúcar?—preguntó Dimitri incorporándose un poco.

—Es una cosa buena que te gusta.

—¡Pues dámela!—exclamó el niño sentándose y extendiendo hacia Sergui sus manos descarnadas.

—¡Bueno, bueno!—¿Pero no me dejarás ver antes la piernecilla?

Dimitri movió con tiento una de sus piernas y dijo con voz apagada.

—No me hagas daño.

El pescadero remangóse las mangas de su *doja*, y con el mayor cuidado empezó á desatar una especie de vendaje que cubría la rodilla del chico.

Wolski, aproximándose al grupo, inclinóse, queriendo ayudar á Sergui. Pero Dimitri, que en la penumbra del cuarto no había advertido á Wolski, al verlo cerca de sí y en ademán de tocarle, llevóse ambas manos á la parte enferma, y con los ojos chispeantes de fiebre preguntó medroso:

—¿Quién es ese hombre?

—Es un amigo que viene á curarte.

—¡Yo no quiero que nadie me cure más que tú, padrecito!

—¡Ay, Jesús!—exclamó la mujer, haciendo lentamente la señal de la cruz—¿qué sabe este hijo mío lo que se dice? Sí que te dejarás curar por este señor, que parece un ángel, y va á darte todo lo que necesites: pan blanco, te, azúcar.

Miró con gesto duro Sergui á la mujer, y dejando al descubierto la rodilla del muchacho, el cual, rendido por la fiebre, habíase dejado caer de nuevo sobre la paja, dijo á Wolski:

—Tú verás si con pan, azúcar, y te, se cura esto, doctor.

Wolski, á quien la falta de luz impedía ver bien al enfermo, inclinóse sobre él cuanto pudo y ordenó:

—¡Una luz!

—¡Ay, padrecito querido!—gimió la mujer con el aire más bobo del mundo—una luz, una luz... ¿y dónde hay una luz?

Wolski encendió una cerilla, y su investigadora mirada clavóse en la pierna del niño, en la que veíase una horrible llaga en supuración que descubría parte del hueso. Todo el miembro, desde el tobillo hasta la ingle, estaba inflamado.

El rostro de Wolski ensombrecióse marcadamente, tomó

el pulso al chico, mientras que éste hacía un brusco movimiento queriendo esconder su mano, y murmuró.

—Gravísimo.

Sergui movió afirmativamente la cabeza, y sacó del bolsillo de su *doja* una botellita y unos trapos limpios.

—¿Qué es eso?—preguntó Wolski.

—Agua fenicada. Desde hace tres días que descubrí esta miseria, vengo diariamente á lavar la rodilla de este desdichado.

SOFÍA CASANOVA.

Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Biblioteca Vox Populi. *Meteorología popular ó Refranero meteorológico de la Península Ibérica, ordenadamente expuesto, á título de en ayo, por CARLOS PUENTE Y ÚBEDA. I. Climatología.*—Madrid, imprenta de los Sucesores de Cuesta, 1896.—Un volumen en 4.º de 279 páginas: 3 pesetas en toda la Península.

La obra de que damos cuenta tiene gran importancia, no sólo por la originalidad del pensamiento de su autor, sino por el caudal científico que en ella encierra.

Tratar de una materia tan árida como la climatología y lograr darle atractivo é interés, es una empresa difícil que ha conseguido realizar el Sr. Puente, después de un detenido estudio de todos los elementos de aquella ciencia.

Consta de una introducción donde expone el autor el pensamiento y plan del libro, y de cuatro capítulos, de los cuales el primero trata de los factores ó elementos del clima; el segundo, de los períodos climatológicos en general; el tercero, del período diurno, y el cuarto, del período anual, tra-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

tando éste con gran detenimiento y estudiando por separado, después de algunos preliminares, la duración del día, y á continuación la de cada uno de los meses. Por fin expone la relativa á las estaciones y año respectivamente, y concluye la obra con los datos climatológicos más principales de varias localidades de la Península Ibérica y una tabla general de las materias tratadas en tan interesante volumen.

El mérito principal del trabajo del Sr. Puente ha sido el coleccionar gran número de refranes de todas las comarcas de la Península, y hacer con ellos un estudio comparado que prueba la analogía que hay entre los proverbios de las distintas regiones de España y Portugal; en tan ardua tarea ha sido auxiliado el autor por algunas personas de diferentes provincias que le han trasmitido muchos adagios y noticias referentes á ellas. Los nombres y residencia de los que le han facilitado estos datos constan, como público testimonio de agradecimiento, al frente de la obra.

De desear es que continúe el Sr. Puente la empresa empezada, y que en nuevos volúmenes reúna los tesoros de la sabiduría popular, armonizándolos con los principios fundamentales de las ciencias de la Naturaleza, contribuyendo así á la propagación de la cultura nacional.

*
* *

Etude critique du matérialisme et du spiritualisme par la physique expérimentale, par RAUL PICTET.—Paris, Félix Alcan, editor, 1896.—En 4.º, 596 páginas y tres láminas.

Verdaderamente notable es la última producción del célebre físico, como fruto de las largas meditaciones del ilustre sabio. El estudio de los fenómenos naturales y el trato de gran número de hombres de ciencia han hecho que se persuada de que la orientación de los pensamientos, por lo que toca al universo, es condición esencial para escrutar sus principios y determinar sus leyes.

Con sólo la enumeración de algunos capítulos se comprenderá la importancia del volumen: trata en éste de la teoría

materialista pura; orígenes de la física experimental; su desarrollo lógico; entidades reales, racionales y lógicas; relaciones entre la astronomía, la física y la química; el materialismo y el espiritualismo frente á los fenómenos de la naturaleza muerta; la gravitación y la pesantez frente al materialismo; disociación de los cuerpos; entidades lógicas en biología; causas de la respiración y digestión de los seres animados; entidades lógicas en el hombre; síntesis del hombre libre; mecanismo de la libertad y su verdadera definición en física experimental; el hombre y los límites de la libertad; la libertad colectiva, etc.

Como el Sr. Pictet conoce tan á fondo las ciencias físicas en que funda su libro, resulta éste escrito con maestría y novedad extraordinarias.



Portugal moderno. *A quéda do antigo regimen* (1820 até 1834), por D. ANTONIO DE SERPA PIMENTEL.—Lisboa, 1896.—En 8.º, 240 páginas.

Hoy no hacemos más que anunciar esta nueva y excelente producción del afamado estadista portugués D. Antonio de Serpa Pimentel. De antiguo saben nuestros lectores que este señor es el político de mayor autoridad en el vecino reino. Sus talentos excepcionales, su elocuencia tribunicia, las dotes de escritor que posee y su honradez sin tacha, dan mayor realce á las obras que publica. Como Cánovas del Castillo en España, Serpa Pimentel ha conseguido (que tanto puede el hombre de genio cuando es laborioso) que las arduas tareas políticas, en que desempeñó y desempeña el papel más eminente, no le impiden escribir libros de historia, sociología y otras ramas del saber humano.

Examina en *Portugal moderno* la honda transformación que hizo que en sólo quince años (1820 á 1834) pasara del antiguo régimen al constitucional y parlamentario, hoy por cierto bastante desacreditado ya. Importa mucho leer aquel

libro que anunciamos, porque abundan en él los documentos irrefutables y las consideraciones elevadas.

Nuestro público va saboreando en castellano algunos de los escritos de Serpa Pimentel. Su estudio titulado *El anarquismo* lo tradujo Álvarez Sereix, y muy en breve saldrá á luz la fiel y correcta versión que del tomo *Historia y civilización* ha hecho el sabio doctor y eximio publicista D. Fernando Calatraveño.

* * *

La photographie et la photochimie, por G.-H. NIEVEN-GLOWSKI, preparador de química en la Facultad de Ciencias de París, Director del periódico «La Photographie.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.º, 284 páginas con 120 grabados en el texto y una lámina fuera de él. Encuadernado á la inglesa: 6 francos.

Gracias á sus adelantos, la fotografía se ha convertido en un auxiliar poderoso de la vida moderna; presta servicios, más numerosos de día en día, á las artes, las ciencias y la industria.

Examinar los diferentes procedimientos fotográficos y las múltiples aplicaciones que de ellos se derivan, tal ha sido el propósito del autor de esta nueva obra, que viene á enriquecer la «Biblioteca Científica Internacional». Empieza por exponer, con la mayor claridad posible, los principios de la fotoquímica, base de los procedimientos fotográficos. Examina atentamente las varias fases por que han pasado las investigaciones hechas para conseguir la fijación de las imágenes que da la cámara oscura de los objetos con su triple carácter de forma, color y movimiento, y da un resumen de las muchas aplicaciones del invento francés, el más fecundo de este siglo. Estudia también los trabajos más recientes en los capítulos que dedica al *arte fotográfico*, la *fotografía directa é indirecta en colores*, la *cromofotografía* y el *cinematógrafo*, la *fotografía de lo invisible*, los *rayos Röntgen* y las *adiaciones* que gozan de propiedades parecidas. Igualmente son

objeto de capítulos especiales las aplicaciones de la fotografía á la *astronomía, arte militar, ciencias físicas, naturales y médicas, decorado, etc.*

* *

Les mensonges conventionnels de notre civilisation, por MAX NORDAU. Traducido de la XIII edición alemana, por AUGUSTO DIETRICH.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.º, X 354 páginas: 5 francos.

Esta obra se publicó por primera vez en Leipzig en el año 1883, y de ella se han hecho ya en Alemania trece ediciones, lo que equivale á 30 ó 40 en Francia. Unos han acogido con entusiasmo la producción de Max Nordau; otros la han censurado acremente. Grandes polémicas se han promovido entre amigos y enemigos del autor; pero todos convienen en considerar el libro como síntoma característico del movimiento que en el campo político, social y moral se efectúa actualmente en Alemania. Su resonancia ha hecho que se traduzca al inglés, italiano, portugués, holandés, francés, sueco, etc. Aunque no sea más que como curiosidad, merece ser leída la obra que tanto renombre ha dado á Max Nordau; éste peca de paradójico, y con frecuencia incurre en inexactitudes de bulto, pero como tiene ingenio y escribe con brillante estilo, el lector pasa ratos muy agradables.

* *

Paradoxes sociologiques, por MAX NORDAU. Traducido del alemán por AUGUSTO DIETRICH. París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 8.º, 186 páginas: 2,50 francos.

Ataca el autor briosamente los lugares comunes admitidos en todas partes, y que no están conformes con las ideas actuales ni con las pasadas. En varios capítulos titulados *mirada retrospectiva, mirada hacia adelante, buen éxito, sugestión, el Estado destructor de los caracteres y nacionalidad*, expone ideas nuevas sobre los problemas sociológicos que actualmente agitan al mundo entero.

* *

Otras publicaciones.

Los Sres. Bailly-Baillièrre é Hijos han empezado á publicar *Juaná la obrera*, novela de interesante fábula, de prosa culta y clara, de episodios llenos de vida y tan bien pensada como escrita, con todo lo cual resulta un libro de los que se hacen numerosas ediciones.

Ventaja de los animales de pequeña alzada, por Fernando López Tuero, ingeniero agrónomo. Madrid, 1896. En 8.º, 52 páginas: una peseta.

Estudios elementales de Derecho mercantil, según la filosofía, la historia y la legislación positiva vigente en España y en las principales naciones de Europa y América, por el doctor Francisco Blanco Constans, catedrático de la Universidad de Granada. Tomo II. Granada, 1896. En 4.º, 745 páginas: 7 pesetas.—Libro muy útil para los que se dedican á esta clase de estudios.

Las obligaciones de Osuna. Historia de un negocio. Apéndice publicado por la comisión ejecutiva de obligacionistas (incidente de cuentas). Madrid, 1896. En 4.º mayor, 105 páginas.—Folleto de mucho interés y provechosa enseñanza. Bueno es enterarse de cómo se puede arruinar á miles de familias, engañándolas á la faz de la Nación, sin que se castigue á los embaucadores. Hay muchos más *socialistas* prácticos de lo que parece.

Durante la reconquista. Novela histórica, por Alberto Blest Gana. París, 1897. En 8.º, dos tomos de 533 y 582 páginas.—Como nuestro docto amigo D. Elías Zerolo se propone hablar extensamente de esta importante novela, digna, en verdad, de atento examen, nos ceñimos á anunciar su publicación y recomendarla á los lectores de la CONTEMPORÁNEA.

Teatro lírico español anterior al siglo XIX. Documentos para la historia de la música española, coleccionados, transcritos é ilustrados por Felipe Pedrell.—Los editores de la Coruña Canuto Berea y Compañía van á emprender la publicación de este nuevo y notable trabajo del insigne acadé-

mico y musicógrafo Sr. Pedrell. Merced á éste volverá á resonar, después de largo silencio é imperdonable olvido, la música de nuestro teatro antiguo, manifestación genuina de una parte del alma nacional; el teatro rudimentario de Juan del Encina; toda la fuerza honda de un sentir propio de arte; la canción popular transformada, la canción popular con el desgarró, genialidad y gustos de un pueblo que sabe trocar su alegría ligera, bulliciosa y vivaz en grito heroico cuando corre á defender su independéncia. El maestro Pedrell merece bien de la patria por la penosa labor que realiza al vulgarizar la música de nuestro teatro lírico.

Se publicarán al año cuatro tomos al precio de 4 pesetas cada uno: contendrán una parte de texto literario y otra parte puramente musical (para piano y canto).

Conferencias de geografía matemática, por R. Méndez de San Julián, oficial de Artillería, geodesta del Instituto Geográfico y Estadístico. Madrid, 1896. En 4.º, 37 páginas y una lámina.—Prosigue el autor su laudable tarea de exponer puntos de geografía matemática, ciencia muy importante, no conocida en nuestro país como merece. En su última producción trata de los *levantamientos fotográficos*, que tan útiles pueden ser en muchas ocasiones, y logra dar una idea cabal y clarísima de los orígenes y desarrollo de la fotografía, primeros intentos para aplicar ésta al levantamiento de planos y propagación del proyecto en varias naciones. Establece después los fundamentos del sistema y describe los aparatos, fijándose especialmente en el fototeodolito del coronel Laussedat, é indica algo también de los trabajos practicados por el Dr. Gustavo Le Bon.

Nuestros plácemes al Sr. Méndez de San Julián, digno jefe del brillante cuerpo de Artillería y geodesta peritísimo. Acertada estuvo la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico al publicar la concienzuda producción antes nombrada.

Diccionario enciclopédico hispano-americano.—Los editores Montaner y Simón, de Barcelona, han repartido los cuadernos 462 á 471 de esta magnífica obra; comprenden desde la *voz sintáctico* á la *voz suelo*, y aparte de los muchos dibujos

intercalados en el texto, los adornan hermosas láminas, tales como la que, en colores y oro, representa una silla de manos de Felipe V, y el mapa de Suecia y Noruega.

Les cliff dwellers, monografía por el Marqués de Nadaillac. Lovaina, 1896. En 4.º, 66 páginas.—El autor, con su competencia característica, trata de unos habitantes (*cliff dwellers*) que son anteriores á la llegada de los españoles á Méjico; describe una porción de particularidades curiosas. Es probable que demos á conocer á nuestros lectores, vertido al castellano, el nuevo trabajo del ilustre sabio francés, que no descansa un momento en sus fecundas tareas.

Liquidación del producto obtenido por la venta del *Album limosna* y por la suscripción abierta por el periódico *El Liberal Palmesano* con objeto de recaudar recursos para aliviar los perjuicios causados por la explosión del rebellón de San Fernando, ocurrida en Palma de Mallorca el día 25 de Noviembre de 1895. Palma, 1896. En 8.º, 94 páginas.—Se ve, hojeando este folleto, que el diario mallorquín recaudó cerca de 20.000 pesetas y que el *Album limosna* (publicado merced á la iniciativa del docto escritor D. Baltasar Champ-saur y bajo el patrocinio del elocuentísimo jurisconsulto don Antonio Maura) produjo unas 43.000 pesetas, éxito asombroso aun con valer tanto, artística y literariamente, el citado *Album*. La comisión encargada de distribuir unos y otros fondos ha procedido con acierto, escrupulosidad y orden que tampoco son frecuentes.

A.



ÍNDICE DEL TOMO CIV

15 DE OCTUBRE DE 1896

	<u>Páginas.</u>
Problemas científico-religiosos, por Fr. Teodoro Rodríguez.....	5
Ritusamhara ó ciclo de las estaciones, por D. José Alemany Bolufer .	25
Naderías (continuación), por J. Jimeno Ajius.....	38
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	49
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	61
Album del preso (conclusión), por D. C. Bernaldo de Quirós y don G. M. Vergara.....	77
Memoria sobre las tierras y las aguas de Griñón (conclusión), por D. Eduardo Abela.....	85
El Doctor Wolski (continuación), por D. ^a Sofía Casanova.....	93
Boletín bibliográfico.....	108

30 OCTUBRE

El retrato, por D. Ángel Avilés.....	113
La industria siderúrgica en España, por D. Pablo de Alzola.....	129
Problemas científico-religiosos (conclusión), por Fr. Teodoro Rodríguez.....	148
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria, por D. Felipe Pedrell.....	158
La Catorcena, por Garevar.....	172
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	179
Naderías (continuación), por D. J. Jimeno Ajius.....	195
A. Zaravel, por D. Adalmiro Montero.....	204
Gomella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	206
El Doctor Wolski (continuación), por D. ^a Sofía Casanova.....	212
Boletín bibliográfico.....	219

15 NOVIEMBRE

Conflictos de la Mitra con el municipio de Lugo en el siglo XII, por D. Antonio López Peláez.....	225
Viajes por España y Portugal, por D. Eloy García Concellon.....	239
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	255
La industria siderúrgica en España (conclusion), por D. Pablo de Alzola.....	265
Fantasia, por D. Adalmiro Montero y D. Jacinto Lavitrano.....	286
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	288
Naderías (continuación), por D. J. Jimeno Ajius.....	296
Epitafios, por D. C. Moreno García.....	305
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (continuación), por D. Felipe Pedrell.....	312
El Doctor Wolski (continuación), por D. ^a Sofía Casanova.....	331
Boletín bibliográfico.....	334

30 NOVIEMBRE

Peña y Goñi, por D. Ildefonso Jimeno de Lerma.....	337
Doña Sibila, por Marius Andrés.....	343
El retrato, II, por D. Ángel Avilés.....	351
Rebeldías y sumisiones del municipio de Lugo en el siglo XIII, por D. Antolín López Peláez.....	370
Un libro notable, por A.....	377
En la sombra, por D. Pelayo Vizquete.....	383
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	387
Comella (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	398
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (continuación) por D. Felipe Pedrell.....	406
Ruit hora, por D. Adalmiro Montero.....	423
Naderías (continuación), por J. Jimeno Ajius.....	425
El Doctor Wolski (continuación), por D. ^a Sofía Casanova.....	436
Boletín bibliográfico.....	443

15 DICIEMBRE

La física antigua y la moderna, por Fr. Justo Fernández.....	449
La rebelión de Cuba, por D. Eduardo Sanz Escartín.....	464
Un Obispo de Lugo maltratado por el Concejo, por D. Antolín López Peláez.....	469
Alfonso VII de Castilla y el caciquismo moderno, por D. Dionisio Monedero.....	480
Un libro notable, por D. Eugenio Guallart.....	490
Comella (conclusión), por D. Carlos Cambronero.....	497

Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (continuación), por D. Felipe Pedrell.....	510
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	527
El Doctor Wolski (continuación), por D. ^a Sofía Casanova.....	542
Boletín bibliográfico.....	548

30 DICIEMBRE

El retrato, III, por D. Ángel Avilés.....	561
La Física antigua y la moderna (continuación), por Fr. Justo Fernández.....	586
Un municipio excomulgado por el Papa, por D. Antolín López Peláez.	601
La reconquista pirenaica hasta la muerte de Sancho III de Navarra, por D. Gabriel M. ^a Vergara y Martín.....	606
Una carta, por D. Juan P. Criado y Domínguez.....	616
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (continuación), por D. Felipe Pedrell.....	621
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes (conclusión), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	636
El Doctor Wolski (continuación) por D. ^a Sofía Casanova.....	648
Boletín bibliográfico.....	658

BANCO DE CASTILLA

Habiéndose anunciado por el Banco Hispano-Colonial de Barcelona que desde el día 31 del corriente mes se procederá á la presentación, por medio de dobles facturas, de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, para que sean agregados á los mismos las correspondientes hojas de cupones, de conformidad con lo dispuesto en el Real decreto de 18 del actual, expedido por el Ministerio de Ultramar, se avisa al público, á fin de que los interesados que tengan constituídos en este Banco depósitos de dichos valores pueden retirarlos, si así lo desean, antes del día 30 del presente mes; debiendo advertir que desde el 31 siguiente este establecimiento procederá á facturar, á los efectos indicados, aquellos cuya devolución no haya sido solicitada, y no pudiendo desde ese día retirarse los depósitos hasta tanto que esté terminada la operación.

Madrid 24 de Diciembre de 1896.—El Secretario general, *R. Sepúlveda*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

AGREGACIÓN DE HOJAS DE CUPONES Á LOS BILLETES HIPOTECARIOS
DE LA ISLA DE CUBA, EMISIÓN DE 1886

ANUNCIO

Acordado por Real decreto de 18 del actual agregar á los títulos de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, una hoja con los cupones números 43 al 82, vencedores desde 1.º de Abril de 1897 al 1.º de Enero de 1897, se ha acordado rijan para este servicio las reglas siguientes:

1.ª Los billetes se presentarán, sin ninguno de sus cupones y acompañados de dobles facturas impresas, en las que se consigne su numeración de menor á mayor. La presentación se hará en este Banco, en Barcelona, en su delegación en Madrid, Infantas, 31; en provincias, en casa de los comisionados de este Banco; en la Habana, en casa del Sr. D. Manuel Calvo; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers et C.º Limited.

2.ª Confrontadas las facturas con los billetes, quedarán éstos en poder del Banco ó sus comisionados, entregándose al interesado un ejemplar de la factura, debidamente firmada y registrada, que servirá de resguardo para recoger los títulos después de agregadas las hojas de cupones.

3.ª El Banco cuidará de que la operación de agregar las hojas de cupones se realice con la menor demora posible, y avisará cuando pueden retirarse los títulos, presentando la factura-resguardo entregada á los interesados y suscribiendo éstos el recibo de conformidad de los títulos con sus hojas de cupones.

4.^a Al objeto de facilitar la operación, el Banco se pondrá de acuerdo con el Banco de España y sus sucursales, y los demás Bancos y Sociedades de crédito, legalmente establecidas, acerca de las reglas especiales en que deba realizarse este servicio, por lo que respecta á los billetes que estén en ellos depositados.

5.^a La presentación de facturas puede hacerse desde el día 31 del actual

Lo que se anuncia al público á los efectos consiguientes.

Barcelona 22 de Diciembre de 1896.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

El Consejo de administración, según lo prevenido en el art. 25 de los estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar Junta general ordinaria el día 8 de Enero de 1897, á las once de la mañana, en Barcelona, en el domicilio social, rambla de los Estudios, núm. 1, principal, con objeto de aprobar el balance y cuentas del 20.^o ejercicio social, que termina en 31 de Diciembre de 1896.

Según lo dispuesto en el art. 26 de los estatutos, sea cual fuere el número de los concurrentes y el de las acciones representadas, se constituirá la Junta general y se celebrará la sesión con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia, se necesita depositar en las cajas de la Sociedad, con arreglo al artículo 27, cincuenta acciones cuando menos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta el 7 de

Enero y hora de las cinco de la tarde; en Madrid en la delegación del Banco (Infantas, 31), hasta el 5 de Enero y tres horas de la tarde, y en provincias en casa de los corresponsales del Banco hasta el 5 del mismo mes, cuyos centros expedirán los resguardos y papelelas de entrada á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo defecto se facilitarán ejemplares de poderes en los puntos donde se admiten depósitos.

Los socios que no posean individualmente cincuenta acciones podrán, según el art. 27, reunirse y confiar la representación de sus acciones, cincuenta cuando menos, á uno de entre ellos

Lo que, de acuerdo del Consejo, se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 24 de Diciembre de 1896.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

